

La Ilustración Artística

Año XXVIII

← BARCELONA 26 DE ABRIL DE 1909 →

Núm. 1.426

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



RECUERDO DE GERONA, cuadro de Santiago Rusiñol.

SUMARIO

Texto.— De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Regio encubridor* (Recuerdos de 1828), por Fernando Periquet. — París. *Sala de la Sociedad Nacional de Bellas Artes*. 1909. — Roma. *La beatificación de Juana de Arco*. — *El ferrocarril más pequeño del mundo*. — *El nuevo biplano de Farman*. — *El aparato «Josenhans»*. — *Espectáculos*. — *Problema de ajedrez*. — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — Barcelona. *La Orquesta Sinfónica de Madrid en el «Palaui de la Música Catalana»*. — Libros recibidos.

Grabados.— *Recuerdo de Girona*, cuadro de Santiago Rusiñol. — Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el artículo *Regio encubridor*. — *Lavanderas*, cuadro de León Lhermitte. — *El remolque de la canoa*, cuadro de Roger Jourdain. — *Joven República*, cuadro de Alfredo Roll. — *Madre é hijo*, cuadro de Raimundo Woog. — *Retrato de la Sra. de Francis K.*, pintado por Claudio Bourgonnies. — Roma. *La beatificación de Juana de Arco*. — *Estatua de Juana de Arco*. — *Los actuales descendientes de Juana de Arco*. — *El ferrocarril más pequeño del mundo*. — *Monumento á la independencia de la República Argentina*, por Miguel Blay. — *El biplano «Enrique Farman n.º 3»*. — *Algernon Carlos Swinburne*. — *Aparato «Josenhans»*. — *El maestro Enrique Fernández Arbós*. — *La Orquesta Sinfónica de Madrid*. — *La Sagrada Cena*, pintura mural de Eduardo Gebhardt. — *Vista del nuevo Observatorio de Trepow y su gigantesco telescopio*.

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La ciudad de los Condes, más que el terrorismo dinamitero, sufre actualmente el terrorismo de la publicidad. La última racha de atentados ha venido á ponerlo de manifiesto. Estos y los inmediatamente anteriores revelan, mucho más que la intención del daño, la intención de la alarma. Un discreto cronista acaba de comparar esta fase de ahora con el *petardismo* que sufrió Madrid hace quince ó veinte años. La sola aplicación de una nomenclatura diferente, el solo cambio de una palabra, aun con identidad absoluta de casos y realidades, varía por completo el aspecto de la cuestión. Una *bomba* inofensiva, puesta en una escalerilla de cualquier calle desierta, en el hueco de una pared, en la hendedura de una cloaca á medio construir, es una cosa grave, un suceso pavoroso. En cambio un *petardo*, aun produciendo víctimas, no es más que un petardo.

En esta materia, como en muchas otras, el elemento subjetivo es el que decide. Hechos que, ocurridos en Barcelona, merecen la calificación de atentados, ocurridos en La Coruña, en Sevilla, en Valencia, pasan explicados en un telegrama de tres líneas, como simple detonación de un cartucho de alarma. Los alarmistas que, con los propósitos que se quiera, se proponen mantener á Barcelona en un estado de intranquilidad, no podían encontrar colaboradores más eficaces y baratos que la indiscreción ó inconsciencia de algunos corresponsales. Se habla de pánico con una ligereza que asombra. Vive Dios que el pánico no se descubre por ningún lado. La multitud tiene un instinto, un sentido de la realidad bastante certero; da á las cosas su íntimo valor. Sabe distinguir los móviles de la obcecación que persigue á Barcelona y no se presta á hacerle el juego. Las explosiones ya no la retienen en casa. Inunda la vía pública, desborda en los paseos, llena las iglesias en los días solemnes de Semana Santa, asalta los tranvías en las claras y alegres fiestas de la Resurrección y se derrama por montes y laderas, por avenidas y parques, hasta los rincones del bosque y el húmedo y grato refugio de las fuentes tradicionales.

Ciertamente el extranjero ó el español de otras comarcas que hubiese llegado á Barcelona el domingo de Pascua ó el lunes siguiente, sin estar advertido de ello por la prensa no hubiera podido presumir que habían estallado aquí cuatro explosivos con intermedio de pocas horas. El aspecto de la ciudad, de sus alrededores, de sus vehículos, de sus trenes, de sus teatros y cinematógrafos, donde aguardaban largas colas de público, de las terrazas de sus cafés desbordantes de concurrencia y deslumbrando al sol con las chispas y destellos de la cristalería; todo ese conjunto visual que constituye la fisonomía de las grandes ciudades y al cual se suma el conjunto acústico formado por el rumor de las grandes arterias, el timbre de las salas de espectáculos, las bocinas de los automóviles y el rodar de los carruajes, no delataban, por cierto, á «una ciudad bombardeada», según reza el maligno título de cierta información que he debido leer últimamente.

Se habla del pánico de Barcelona para que la frase produzca su efecto fuera de Barcelona. En Burdeos, en Lyon, en Marsella, en Milán, en Roma, en Bruselas, en Nueva York, en una porción de capitales ocurren frecuentes explosiones y atentados á los cuales se quita sistemáticamente toda importancia,

asfixiándolos por falta de ambiente periodístico. Sólo en España se da el caso antipatriótico de exagerar nuestras propias miserias y hacer el caldo gordo á la rivalidad extranjera. ¿Qué más quieren esas ciudades francesas é italianas dotadas de sentido económico y de instinto de solidaridad, cultivadoras de la «industria del forastero» y conocedoras del peligro de la competencia, sino que sean sus mismas rivales quienes se desacrediten á sí mismas? No hay país en el mundo donde semejante candidez, cuando puede llamarse candidez, ó semejante bellaquería, cuando proceda de intenciones más ruines y taimadas, no fueran objeto de un escarmiento rudo por parte de la misma sociedad, la cual, con las sanciones de la opinión, puede aislar y hundir para siempre á sus enemigos.

Innegable es que la plaga dura, en formas endémicas, hace muchos años, y que contra su misterio impenetrable se han estrellado hasta ahora los esfuerzos de la autoridad. Respecto de este punto dominan también criterios algo desorientados. Nos quejamos ahora de la dolencia, de las manifestaciones exteriores y cutáneas de la dolencia, y casi nadie se acuerda del período de incubación y de las distintas importaciones del contagio. Puede decirse que el saneamiento moral de Barcelona no ha comenzado sino hace dos ó tres años. Los diez años anteriores á éstos fueron de libérrima propaganda disolvente, prepararon en el periódico, en el mitin, en el teatro de suburbio, en la escuela y en el ateneo de arrabal una generación apta para que germinasen en ella las formas más violentas de la rebeldía ó una ausencia de sentido moral capaz de explotarlas lucrando á costa de la sociedad.

Hubo el período de *dilettantismo* anarquista, de literatura ácrata, durante el cual pareció el colmo del refinamiento y de la elegancia de espíritu el teorizar y jugar con esas peligrosas utopías. Ibsen y Gorki, escandinavos y rusos, introdujeron la mercancía intelectual; y los jóvenes que ahora escriben son netos preciosistas y cuentos crueles ó sádicos para *épater le bourgeois*, hubieran escrito entonces pesimismos nihilistas y diatribas malthusianas para hacerse de igual modo el interesante. El anarquista de salón llega á tener su apoteosis literaria en las novelas y dramas del período simbolista. Así, por ejemplo, el racionalista, el krausista de los primeros libros de Galdós consagrados al conflicto de la libertad de conciencia, según la entendié la generación de *Gloria* y *Doña Perfecta*, se va convirtiendo poco á poco en el Víctor de *La de San Quintín*.

Fué una moda que tuvo, en Barcelona principalmente, muchos adeptos. Los refinados, los exquisitos, «anarquizaban» literaria y artísticamente, como los aristócratas franceses del siglo XVIII, los próceres enciclopedistas y filántropos, por puro platonismo y espíritu de ligereza encendían en las galerías y balconajes del primer piso las bengalas de la revolución filosófica, sin meditar que las chispas habían de caer sobre la pólvora almacenada en el piso bajo y en los sótanos, determinando un supremo estallido.

La filtración intelectual que descendía de las capas superiores ó intelectuales se confundió con las propagandas demagógicas desatadas en el seno de las multitudes. De arriba, del primer piso burgués, recibían no pocas veces los de abajo estímulos y benevolencias. El arte refinado y superior se convirtió pasajeramente en un aliado de la anarquía, comunicándole cierto barniz teórico que le aseguró durante algún tiempo la impunidad y hasta el prestigio de las ideas audaces y de las utopías redentoras. La sociedad, distraída, versátil, ligera, no prestó la debida atención á este fenómeno. Leía en los periódicos el extracto de mitins y conferencias, en los cuales, burla burlando, se intercalaban fórmulas químicas para preparar explosivos; veía abierta en cada calle una escuela que constituía un plantel de jóvenes educados en el odio contra todo lo existente; oía pregonar publicaciones cuyo lenguaje furibundo, cuya frase truculenta era una aspersion de vitriolo calculada para ulcerar la piel y enconar las llagas; contemplaba en los quioscos una irrupción de bibliotecas sociológicas y de tomos y folletos incitantes; se regocijaba con el melodrama antiburgués y la película sensacional de las aventuras de los nihilistas rusos. En suma: se dejó abierto el tonel para que bebieran á chorro, jóvenes y niños, el fuerte licor producto de tantas y tantas fermentaciones diversas.

¿Cómo no explicarse, pues, mucha parte de lo que ha venido sucediendo? El ciclo de la propaganda directa y el de la complicidad literaria y social á que me referido, parece haber acabado por ahora, ó cuando menos, haberse reducido á proporciones muy limitadas, casi insignificantes. Las clases llamadas

directorales incurren con gran frecuencia en un error difícil de enmendar después: no prestan atención más que á los hechos externos, materiales y consumados, desdeñando el giro de las ideas y las corrientes de la literatura y el pensamiento, que constituyen la incubación de las tragedias del porvenir.

Cuando se dan cuenta de esa solidaridad entre la atmósfera intelectual de ayer y la catástrofe de hoy, suele ser tarde para evitarla ó aminorarla. Así ha pasado en gran parte con la cuestión del terrorismo. Las diez, las quince, las veinte mil personas invadidas por el odio contra lo actual en sus formas negativas de simple destrucción ó en las positivas de un ideal revolucionario que lo revuelva todo desde los cimientos, no se eliminan tan fácilmente. Hasta que la infección quede totalmente expulsada ó reabsorbida, habrá campo abonado para el terrorismo. Se objetará que no se ha probado la participación de los *anarquistas* en tales hechos y aun que protestan, repetida y sistemáticamente, cada vez que se les atribuye la responsabilidad. Diráse también que diversos procesos y pesquisas han venido á poner de manifiesto otra lepra: la de los explotadores de la investigación policíaca, simuladores de atentados y «chantagistas» del terror.

Es cierto. Pero yo no trato del anarquismo organizado, militante, oficial. Yo trato del «espíritu anárquico», con independencia del nombre y de la clasificación ó casilla que le corresponda en la nomenclatura de las opiniones y partidos. En este sentido, es posible que los anarquistas profesos y ortodoxos no tengan nada que ver con las últimas series de explosiones; pero en el mismo sentido puede decirse que está infectado de virus anárquico el que prepara ó coloca un explosivo contra la sociedad, contra la muchedumbre, contra el transeunte anónimo é ignorado que coincidirá con el momento fatal de la destrucción. La etiqueta, el rótulo, no cambian el contenido. Sea un explotador, sea un agente, sea un despechado, sea quien sea la persona y el móvil directo, el hecho de dirigir la puntería contra toda una ciudad y de convertir la seguridad de sus habitantes en juguetes de la pasión ó del egoísmo, supone previamente la perturbación moral, la indisciplina y el odio contra la humanidad en masa, que es el carácter específico de la dolencia anarquista.

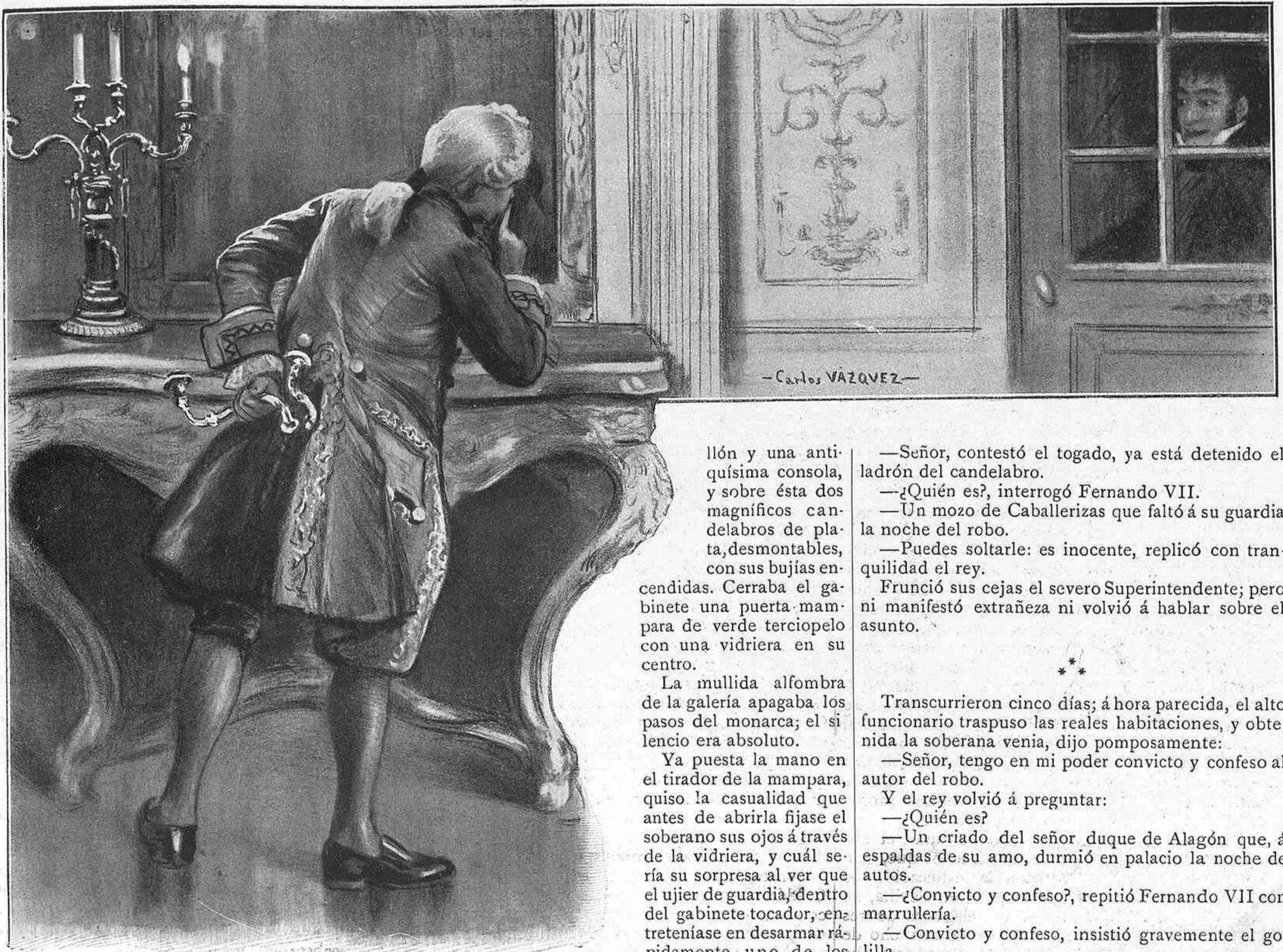
De este modo no hay que esperar la curación completa hasta que los efectos de una propaganda de veinte años queden completamente neutralizados en la conciencia social; hasta que se hayan expulsado ó reabsorbido los malos humores que todavía supuran, según dije más arriba. La vigilancia en las calles y la investigación sigilosa y hábil, son factores de la mayor importancia, pero no factores decisivos. Son elementos *mecánicos* de defensa, muy útiles, pero no definitivos contra una dolencia orgánica, contra un trastorno fisiológico muy complejo.

Barcelona comienza á advertirlo, como advierte también que los autores de tanto vandalismo no persiguen ahora otro fin que el de la alarma y el terror psicológico, para los cuales la publicidad constituye el agente por excelencia. Negarles ó restringirles la publicidad es hacerles imposible la vida. Concedérsela es aliarse con ellos y completar su obra. Por esto la población ha contestado á las últimas provocaciones con una actitud serenamente altiva y firme. El público no ha desertado de ninguna parte; la actividad no se ha paralizado en un solo aspecto.

Los estrenos, los conciertos, las exposiciones, han seguido su curso normal; y como coronamiento de la vida artística de este curso, antes de las vacaciones estivales, se prepara el homenaje al insigne Guimerá, del cual quería hablar hoy, aunque será preciso dejarlo para otro día, según se han ido enredando y sucediendo las reflexiones de esta charla de actualidad. Sepan, pues, los lectores, especialmente los de fuera de Barcelona, que si ha existido hasta ahora una conjuración alarmista contra esta ciudad, y si ha albergado y alberga seres capaces de maquinarse contra ella, sufre ahora de una manera principal los efectos de una publicidad ó inconsciente ó malevolva, que extiende su descrédito en Europa y en América, y la rodea de prevenciones y suspicacias, de recelos y de injustificadas antipatías.

¿Será que todo encumbramiento, que toda ascensión, que toda prosperidad, aun relativa y limitada, engendra el rencor y enciende la envidia y arma el brazo de los agriados y vencidos, lo mismo si se trata de individuos que de colectividades? Puede ser. Pero esto mismo es una de las manifestaciones del espíritu anárquico, que tiende al igualitarismo y á la uniformidad, aunque para conseguirlo deba reducir á miseria y devastación todos los vergeles y oasis de la tierra.

MIGUEL S. OLIVER.



Por cómico é irresistible impulso llevóse el índice de la mano derecha á sus labios

REGIO ENCUBRIDOR

(Recuerdos de 1828)

POR FERNANDO PERIQUET. DIBUJO DE CARLOS VÁZQUEZ

A las diez en punto de la noche disolvía invariablemente su tertulia Fernando VII.

Era peligroso circular después de esa hora por Madrid.

Los ladrones infestaban las calles, sin que las rondas de alguaciles pudiesen evitarlo.

No estaban entonces enaceradas las calles, y el alumbrado público reducíase á los farolillos de los retablos.

En cuanto sonaban las diez en el reloj de palacio, retirábanse los tertulianos de S. M.; y apenas solo el monarca, encaminábase á un pequeño despacho habilitado junto á su dormitorio, donde estudiaba las medidas de gobierno que, en diminutos papeles escritos, le solían proponer sus dos íntimos, el canónigo Escoiquiz y el capitán de guardias duque de Alagón.

Ya á la madrugada recibía algunas veces al Superintendente General de Policía del Reino, que lo era á la sazón D. José Zorrilla y Caballero, padre del inmortal poeta, personaje aquél de muchas campanillas, cuya toga con vuelillos de encajes tenía aterrizada á la mucha gente maleante que en aquellos tiempos anidaba en Madrid.

Cierta noche, allá sobre las dos, hubo el monarca de salir de su despacho y acudir al gabinete lavabo, pieza de pequeñas dimensiones, situada en la galería inmediata. No había en él otros muebles que un si-

oído del ujier, ó sencillamente por instinto, ello es que el ladrón volvió de pronto el rostro, hallándose de sopetón con el de su señor y soberano tras el vidrio de la mampara.

Fácil de describir sería la impresión que en tal momento experimentó el desleal servidor; pero no es, ni con mucho, tan fácil de referir lo sucedido después.

El delincuente, presa de indescriptible asombro, no habló ni se movió apenas; pero por cómico é irresistible impulso llevóse el índice de la mano derecha á sus labios, con el vulgar gesto que solemos emplear para imponer silencio.

Sorprendióle al astuto monarca aquel absurdo mandato de su infiel servidor; pero lejos de irritarle hízole venir la risa á los labios, y retiróse á sus habitaciones conteniéndola á duras penas.

Cuando á la siguiente mañana entró en funciones el Mayordomo Mayor y comunicó á Fernando VII en el acostumbrado parte diario la falta de un candelabro (que el aturdido ujier no acertó siquiera á reintegrar), ordenó el maligno soberano con sencillez:

—Búsquese al ladrón.

Tres días después, á la madrugada, entraba en la regia cámara el temido Superintendente General de Policía.

—¿Qué traes de nuevo?, preguntóle el rey.

—Señor, contestó el togado, ya está detenido el ladrón del candelabro.

—¿Quién es?, interrogó Fernando VII.

—Un mozo de Caballerizas que faltó á su guardia la noche del robo.

—Puedes soltarle: es inocente, replicó con tranquilidad el rey.

Frunció sus cejas el severo Superintendente; pero ni manifestó extrañeza ni volvió á hablar sobre el asunto.

Transcurrieron cinco días; á hora parecida, el alto funcionario traspuso las reales habitaciones, y obtenida la soberana venia, dijo pomposamente:

—Señor, tengo en mi poder convicto y confeso al autor del robo.

Y el rey volvió á preguntar:

—¿Quién es?

—Un criado del señor duque de Alagón que, á espaldas de su amo, durmió en palacio la noche de autos.

—¿Convicto y confeso?, repitió Fernando VII con marrullería.

—Convicto y confeso, insistió gravemente el gollilla.

—Pues habrá que recluirle en un manicomio, porque siendo, como es, inocente, no hay duda que está loco, repuso el rey.

Y cogiéndose con familiaridad del brazo del togado, salieron juntos de la estancia.

Una sola persona había en la galería, al final de ella, inmóvil como una estatua: el ujier de guardia, precisamente el sorprendido en flagrante delincuencia noches antes por el propio Fernando VII.

Molesto y picado en su amor propio el Superintendente por las últimas palabras de su señor, encaráse con él de repente, y con todos los respetos que el caso requería, pero enérgico en extremo, díjole:

—¿Está Vuestra Majestad seguro de la inocencia de mi preso?

—Como de la mía en tal hecho, repuso el Desado.

—Entonces, ¿permitirá Vuestra Majestad que el Superintendente general de Policía del reino interroge al rey?

—Permitido, contestó lacónicamente.

—Si á Vuestra Majestad consta la inocencia del preso, será porque conoce al verdadero delincuente.

—Así es: le conozco, manifestó el camandulero monarca.

—¿Y quién es?, interrogó D. José Zorrilla y Caballero con toda la autoridad de un alcalde de Casa y Corte.

—Eso, señor superintendente, es precisamente lo que no puedo decir.

—¿Por qué?, volvió á interrogar el justicia.

Entonces el rey, señalando al inmóvil ujier de guardia, dijo al togado con inconcebible socaronería:

—No lo puedo decir, porque aquel ujier me lo ha prohibido terminantemente.

.....

El historiador no puede añadir un solo dato más á lo que referido queda.

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1909

No hay en el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, recientemente inaugurado, ninguna de esas obras que desde el primer momento se imponen por su grandiosidad, por la belleza excepcional de la idea ó por ser revelación de una tendencia ó de un procedimiento nuevos. Falta, pues, en él el *clou*, la obra del año; en cambio abundan los cuadros que se salen de lo mediano, y aun en los géneros más trillados hay los elementos suficientes para que pueda decirse del actual Salón que es agradable en su conjunto y notable en algunas de sus partes.

Sin que puedan calificarse de obras maestras, llaman preferentemente la atención las pinturas decorativas de Alberto Besnard y Renato Medard; la del primero representa la *Plástica*, simbolizada por el Juicio de París; las del segundo son tres dipticos formando un solo todo (*La Edad de Oro, Sueño antiguo y Vida pastoral*) y destinados á la facultad de Derecho de París.

Después de estas dos obras, el género en que se ven más ejemplares notables es indudablemente el de los retratos: los de la señora Muhlfeld, por Jacobo Blanche; Luciano Simón, por él mismo; la marquesa de Casati, por Boldini; Pablo Adam, por Capiello; Mariani, por Carolus Durán; señora X, por La Gándara; joven madre con su hijo, por Raimundo Woog; señora de Simone, por Caro Delvaillé, y señora de

Francés, por Claudio Bourgonnies merecen ser citados preferentemente.

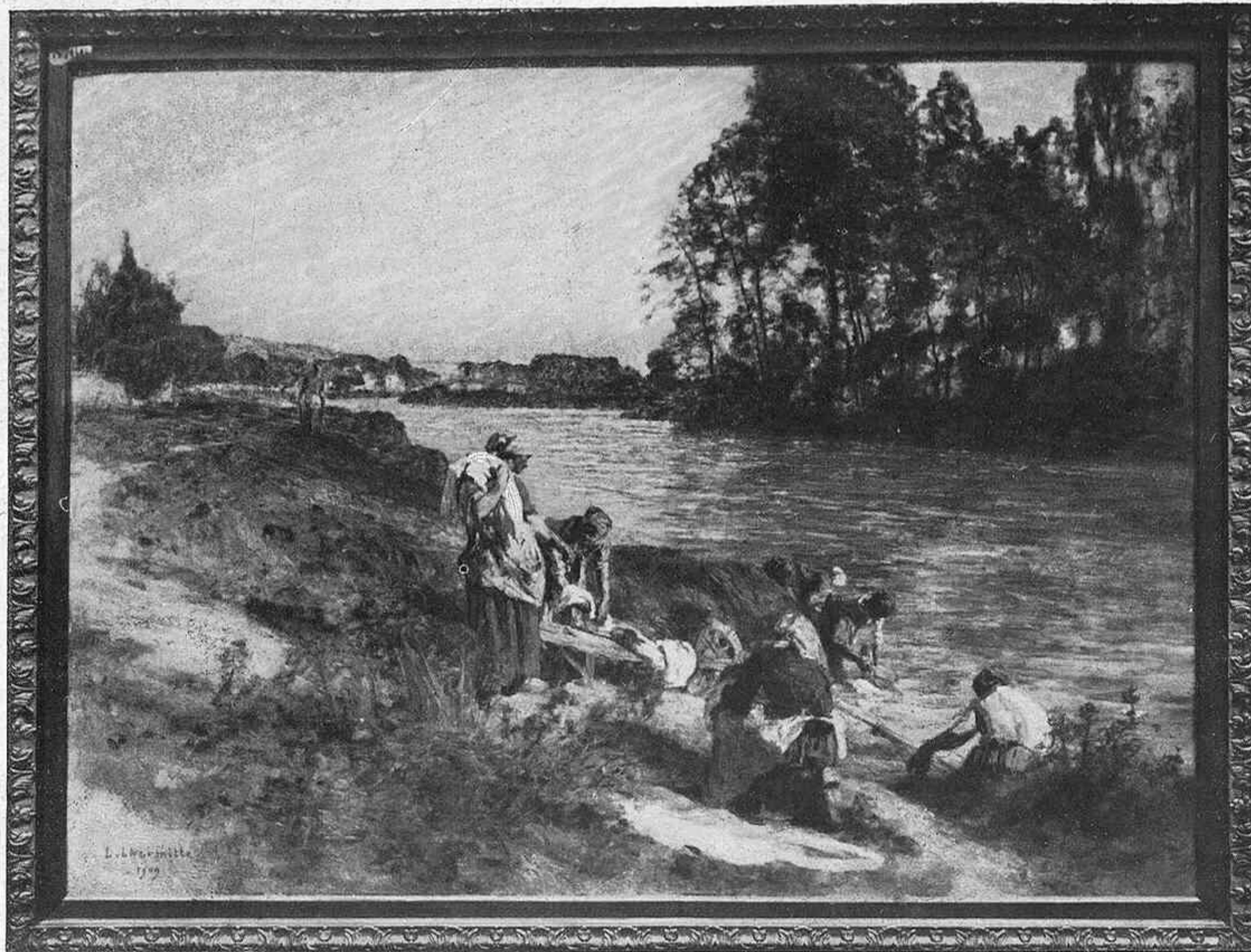
En la pintura de figura, de costumbres y de intimi-

Barrau; *Mensajera de Satán*, de Dinet; *Carmen*, de Juan Sala; *Lectora*, de Lomont; los desnudos de Heissat y Ulman; *Verano*, de Moren; *El niño de la mosca*, de Muenier, y los interiores del belga Leempoels.

En punto á paisajes, no hay una nota nueva; temas y procedimientos son, poco más ó menos, los de siempre. Citemos entre los paisistas que más se distinguen á Lebourg, con sus vistas de París y de Ruán; á Montenard, con sus notas impresionistas; á Le Sidaner, con sus lienzos de brillante colorido; á La Villeón, con sus sonrientes arroyos y sus bosquessolitarios; á Rusiñol, con sus encantadores jardines de España; á Lahaye, con sus plácidos campos provenzales; á Colin, con sus vigorosas vistas de las comarcas vascas; á Jourdain, con sus paisajes llenos de poesía; á Chialiva, con sus sinceras impresiones.

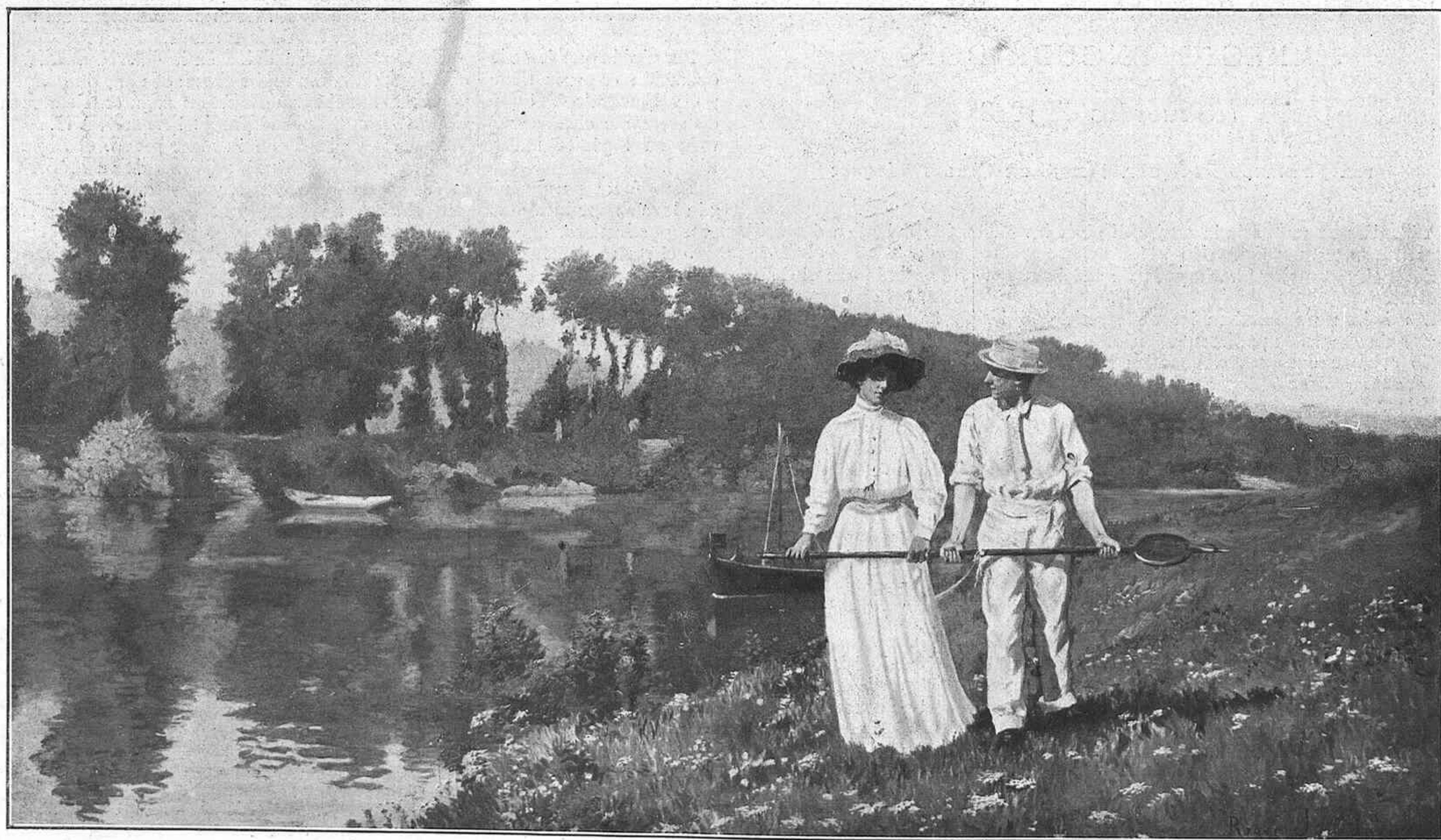
Como pinturas decorativas notables podemos mencionar las de La Rochefoucauld, Amán-Jean, Gastón Le Touche, Boutet de Monvel, Roll y Point.

En la sección de escultura llaman la atención la colección abundante y hermosa de obras del difunto Charpentier; un busto femenino de Rodin; los dos bellos mármoles de Bartholomé; las grandes estatuas de Esoula, Injalbert y Voulot; una *Juana de Arco*, de Bourdelle; dos bustos retratos del príncipe Troubetzkoi; un *Grupo de niños*, de Carlota Besnard, y un busto de la reina de Holanda de Rechberg.—P.



Lavanderas del Marne, cuadro de León Lhermitte

dades sobresalen el *Pré Catelan*, de Gervex; *Amor profundo, Anécdota y La hora del concierto*, de Guillaume; *Partida de billar*, de Beraud; *En el Guignol*, de Morisset; *Alrededores de París*, de Prunier; *Interior*, de Walter Gay; *Un consejo de revisión y Músicos ambulantes*, de Jeannot; *Lavanderas del Marne*, de Lhermitte; *Lección de calceta y Comida de aldeanos*, de Frederic; las escenas españolas de Sorolla y de



El remolque de la canoa, cuadro de Roger Jourdain



Joven República, cuadro de Alfredo Roll



Madre é hijo, cuadro de Raimundo Woog



Retrato de la señora de Francés K., pintado por Claudio Bourgonnies



Roma. — La beatificación de Juana de Arco. — Salida de los peregrinos de la basílica de San Pedro después de la ceremonia de la beatificación.—Estatua de Juana de Arco inaugurada en la iglesia de San Luis de los Franceses. (Fotografías de C. Abeniacar.)

ROMA. — LA BEATIFICACIÓN DE JUANA DE ARCO

Solemnísimas han sido las fiestas celebradas estos últimos días en la capital del orbe católico para la beatificación de Juana de Arco, y a las cuales han concurrido 69 preladados y más de 40.000 peregrinos franceses.

En la mañana del domingo, día 18, una muchedumbre inmensa llenaba la grandiosa nave de la basílica vaticana, para presenciar la ceremonia de la lectura del breve de beatificación. La iglesia estaba ricamente adornada con largos tapices de color encarnado y oro que cubrían las enormes columnas, y en el coro habíase colocado siete cuadros que representaban episodios de la vida de Juana de Arco ó milagros por ella realizados; y sobre la silla de San Pedro ostentábase la *Gloria*, de Bernini, colosal construcción de madera dorada que sirve para todas las beatificaciones.

Poco antes de las diez, presentóse el cortejo oficial de los cardenales, canónigos de la basílica, obispos y todos los miembros del clero que habían de tomar parte en la misa, y previas las formalidades de rúbrica, un canónigo leyó desde el púlpito el breve de beatificación. Terminada la lectura, descorrióse el velo que cubría la imagen de la nueva bienaventurada, y monseñor Touchet, obispo de Orleans, celebró pontificalmente la primera misa de Juana de Arco, que fué admirablemente cantada por los artistas de la capilla sixtina.

Al salir de San Pedro, muchos peregrinos se encaminaron á la iglesia de San Luis de los Franceses para asistir á la inauguración de la imagen de la beata Juana de Arco, que fué bendecida por el arzobispo de Lyon y ex obispo de Orleans monseñor Coullié, quien, á pesar de su avanzada edad y de sus achaques, hizo conducir á aquel templo en silla de manos y tuvo fuerzas suficientes para dirigir á los fieles algunas conmovedoras palabras.

Por la tarde la peregrinación concurrió de nuevo á San Pedro á fin de

ver al papa, que á las cinco había de bajar á la basílica para rezar ante la imagen de la bienaventurada y asistir á la bendición con el Santo Sacramento. La afluencia de fieles era mayor aún que por la mañana

y las tribunas presentaban un aspecto más elegante; las señoras llevaban mantilla y los hombres frac y corbata blanca, según exige la etiqueta pontificia en presencia del papa. Pío X apareció en la silla gestatoria precedido de su corte y bendiciendo á la multitud, que guardaba profundo silencio, pues el actual pontífice ha prohibido en absoluto las aclamaciones en el interior del templo; después oró largo rato arrodillado en el coro, y por último dió la bendición papal, retirándose luego á sus habitaciones.

Al día siguiente efectuóse, también en la basílica de San Pedro, la audiencia concedida por Pío X á los peregrinos franceses. El papa llegó á las once en la silla gestatoria y se situó en un estrado dispuesto delante de la Confesión; monseñor Touchet leyó el mensaje, en el que, después de proclamar que los católicos franceses se enorgullecen de llamarse papistas y romanos, glorificó la figura de Juana de Arco. La respuesta de Pío X, que éste leyó en francés, fué un discurso político dedicado á protestar de la persecución de que es objeto la Iglesia en Francia y á excitar á los católicos franceses á que con sus ejemplos, sus sacrificios y sus oraciones borren la vergüenza que á su patria ha inferido la guerra hecha á la religión.

Al retirarse después de la ceremonia, el papa besó emocionado la bandera francesa que le presentó, á su paso, la Sociedad católica de Orleans. Entonces, á pesar de todas las prohibiciones, la multitud, que no bajaría de 50.000 personas, prorrumpió en aclamaciones entusiastas.

A todas las fiestas de la beatificación han asistido, ocupando sitios de honor, los actuales descendientes directos de Juana de Arco, cuyos retratos reproduce el grupo adjunto.

Actualmente de la familia de Arc sólo quedan tres ramas directas: Lanery de Arc, Riviere de Arc y Renondeau de Arc, que viven respectivamente en Aix, en Bourges y en Ruán.—S.



Los actuales descendientes directos de Juana de Arco. En el centro del grupo la señorita Marcela de Arc é Ivo Lanery de Arc (De fotografía de M. Branger.)



EL FERROCARRIL MÁS PEQUEÑO DEL MUNDO

En el Himalaya, la cordillera más alta del universo, han construido los ingleses el ferrocarril más pequeño del mundo, el *Tey Railway* (ferrocarril de juguete), que pone en comunicación Siliguri, población situada en el valle del Ganjes, con Darjeeling, estación adonde acuden durante el verano los que quieren huir de los calores y preservarse de las fiebres que reinan en las tierras bajas.

La tarea de los ingenieros encargados de esta obra no fué fácil; en primer lugar, tenían que unir dos puntos separados por una altura de 2.400 metros (altitud de Darjeeling); en segundo, como se trataba de una línea de un valor simplemente estratégico, puesto que Siliguri ya está enlazada con la gran red ferroviaria india y Darjeeling sólo es visitada durante ciertos meses del año, el gobierno dispuso que se construyera lo más económicamente posible.

En vista de ello, los ingenieros, no pudiendo recurrir á las obras de gran coste, como túneles y viaductos, ni al sistema de cremallera, adoptaron el procedimiento más natural, el que siguieron en otros tiempos los romanos, es decir, inspirarse en la naturaleza, adaptarse á los accidentes del terreno, resultando así un trazado de curvas y circuitos pequeñísimos. Para que los trenes puedan recorrerlo con facilidad, la distancia entre los rieles es sólo de 61 centímetros, las traviesas halláanse situadas unas muy cerca de otras y los ejes están próximos á las ruedas de las locomotoras. Estas son de 80 caballos y muy pesadas, á fin de que tengan suficiente adhesión en las pendientes; los vagones son bajos, apenas de la altura de un hombre, y su anchura no consiente más que tres asientos de frente.

Los ingenieros desmontaron en las paredes de la montaña un camino sólo del ancho indispensable para dar paso al tren, que, merced á las condiciones antes indicadas, puede describir las curvas y los circuitos más violentos.

Esta línea tiene naturalmente una longitud considerable, aunque la distancia en línea recta entre Siliguri y Darjeeling es solamente de algunas millas; y como además los trenes marchan á muy poca velocidad, el viaje es muy largo. Esto no obstante, no se hace pesado. Antes al contrario, resulta agradableísimo por la variedad de los paisajes que se ofrecen al viajero, el cual atraviesa diferentes zonas climatológicas que gradualmente le llevan desde el calor tropical de Siliguri y de la sequedad polvorienta del valle del Ganjes, hasta la temperatura deliciosa de Darjeeling. Y lo que sucede con el clima acontece también con la vegetación y con la fauna, que aparecen distintas á medida que el tren va subiendo.

Ascendiendo por el Himalaya, desde las llanuras de la India, se encuentran todos los climas de la tierra; por cada 200 metros que se suben la temperatura baja un grado. Varían también las condiciones del clima según la longitud y según el número, la altura y la dirección de las crestas.

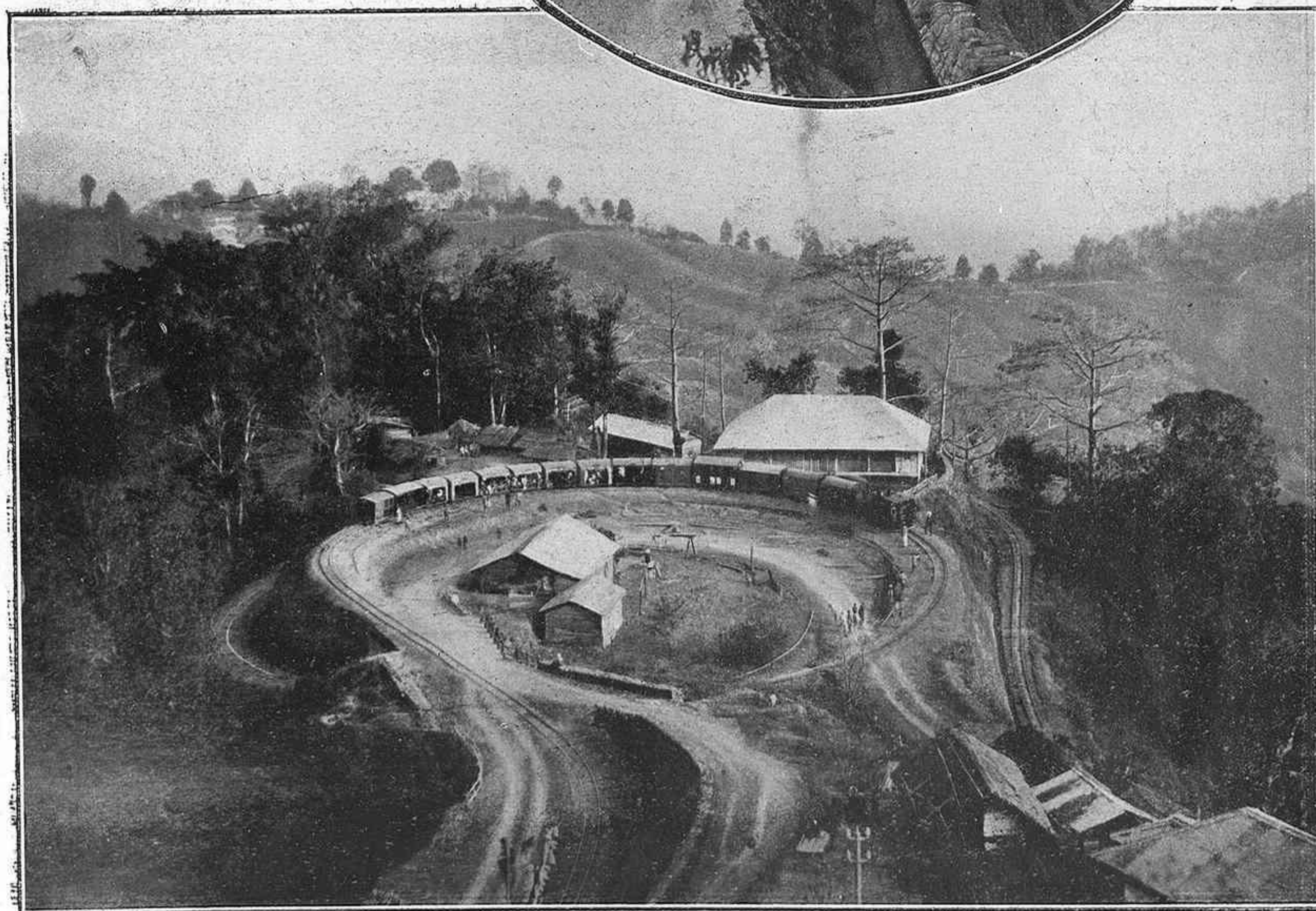
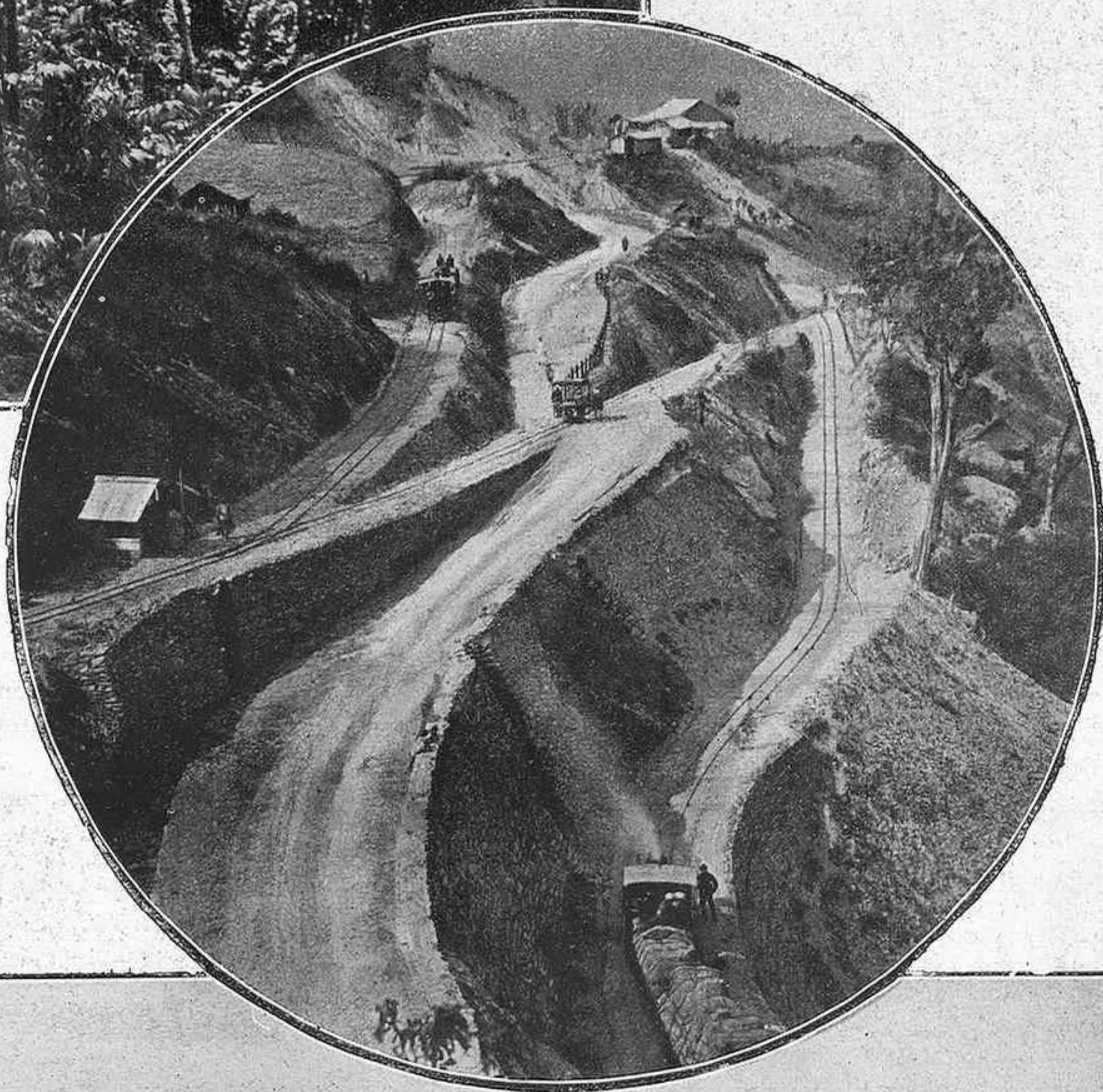
El curso de las estaciones es allí el característico de las zonas tropicales; la estación fría y seca ó invierno corresponde á los meses de octubre á marzo. En general, en la parte habitable de la región el clima es muy constante; durante meses enteros el termómetro apenas oscila 5 grados en todo el día; es además muy sano, haciendo allí muy pocas veces estragos las epidemias.

La diversidad de la flora guarda relación con las diferencias de altitud y de

clima; en la región baja predominan las acacias y mimosas, el algodónero, las higueras, el pino *longifolia*; hay palmeras y otras plantas de la zona tropical en altitudes inferiores á 1.600 metros, y de 1.600 á 2.900 se ven las plantas herbáceas de Asia y los árboles de Europa. Después vienen los árboles de las regiones frías, cesando finalmente la vegetación después de los 4.000 metros, en que empieza la región de los líquenes, de las nieves eternas, de los glaciares.

Por razón de economía utilizóse para el nuevo ferrocarril el antiguo camino de caravana, hoy poco frecuentado; esta utilización, sin embargo, fué sólo parcial, pues allí donde aquélla era demasiado escarpada, la vía se construyó en desmonte.

Los ingleses han hecho de Darjeeling una hermosa estación veraniega, dotándola de todas las comodidades, como hoteles, casinos, campos de polo, de tennis, de foot-ball, de skating, etc., que contribuyen no poco á realzar las muchas bellezas naturales de aquel pintoresco sitio, desde el cual se divisan los más altos picos del Himalaya, entre ellos el Gaurisanker y el Chinchunga. — T.



Tren atravesando una de las selvas milenarias del Himalaya. — La estación de Reversing; en ella se ven las muchas curvas que describe la vía para escalar la montaña. — Una de las muchas curvas de la línea, cerca de la estación de Chimbatti; en ella se ve un tren en marcha que describe casi un circo perfecto. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^{as})



CONCURSO DEFINITIVO PARA UN MONUMENTO Á LA INDEPENDENCIA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA
Proyecto que á este concurso ha enviado Miguel Bláy. Vista lateral del monumento



CONCURSO DEFINITIVO PARA UN MONUMENTO Á LA INDEPENDENCIA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA
Proyecto que á este concurso ha enviado Miguel Blay. Vista de la cara principal del monumento

UN NUEVO BIPLANO DE FARMAN

En el campo de experiencias de Chalons, el conocido aeronauta Enrique Farman está ensayando actualmente un nuevo biplano de su invención, que lleva el número 3. Este aparato va provisto de un motor Vivinus de 50 caballos de fuerza; tiene una longitud de 13 metros y una anchura de 10'50, y lleva hélices de madera de 2'30; está montado sobre patines con cuatro ruedas delante y dos detrás. El timón está reemplazado en este biplano por el juego de los dos planos traseros.

Ultimamente ha efectuado Enrique Farman varios vuelos con éxito muy satisfactorio, habiendo ejecutado algunas atrevidas viradas y habiendo recorrido distancias relativamente importantes.

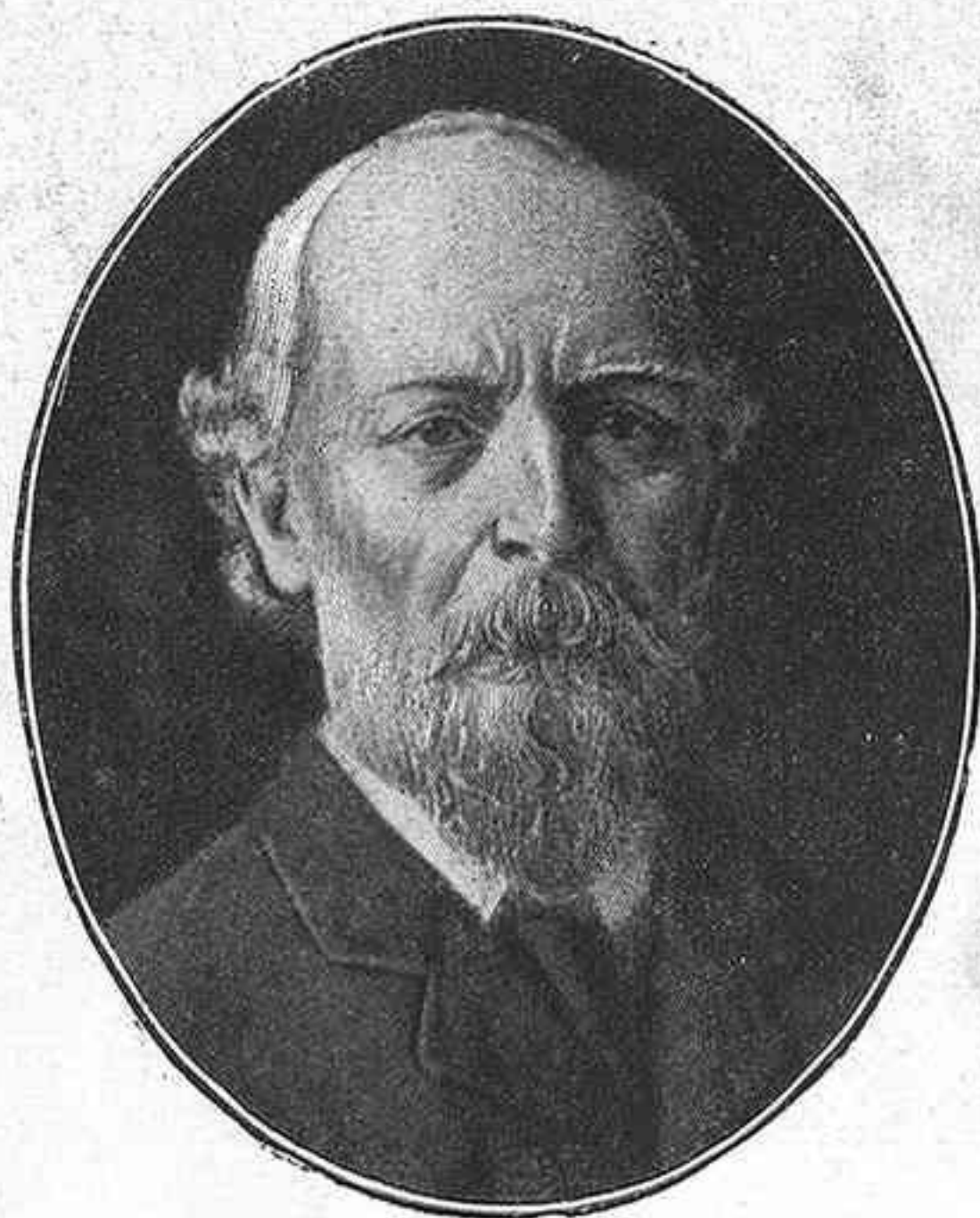
ALGERNON CARLOS SWINBURNE

Inglaterra ha perdido al más ilustre de sus poetas contemporáneos, Swinburne, que, después de haber luchado largo tiempo y de haber triunfado no sin grandes trabajos, había llegado á su vejez envuelto en una gloria por nadie discutida.

Algernon Carlos Swinburne había nacido en Londres en 5 de abril de 1837 y pasado su infancia en la isla de Wight. Hizo sus primeros estudios en la célebre escuela aristocrática de Etón y luego entró en la Universidad de Oxford, en donde estuvo hasta 1860. Hizo entonces un viaje á Italia, y de regreso en Londres escribió la tragedia *Atalanta en Calydon*, que le conquistó gran fama. En 1866 publicó sus *Poemas y baladas*, que obtuvieron mucho éxito y suscitaron grandes polémicas. Desde aquel momento su celebridad fué creciendo de día en día y sus obras fueron cada vez más admiradas, así por las ideas que en ellas desarrollaba, como por las formas nuevas de que las revestía.

Fuó Swinburne un liberal avanzado, y muchas de sus poesías fueron cantos entonados á la lucha de los italianos por la independencia y la unidad de su patria.

Entre sus principales composiciones merecen citarse especialmente: *Canto de Italia*, *Oda á la proclamación de la República Francesa en 1870*, *Cantos de la Aurora*, *Bothwell*, *Cantos de dos naciones*, *Erechthea* y *Tristram de Lyonesse*. Además escribió en prosa varios trabajos notabilísimos, entre ellos el estudio crítico



Algernon Carlos Swinburne, célebre poeta inglés fallecido el día 10 de los corrientes

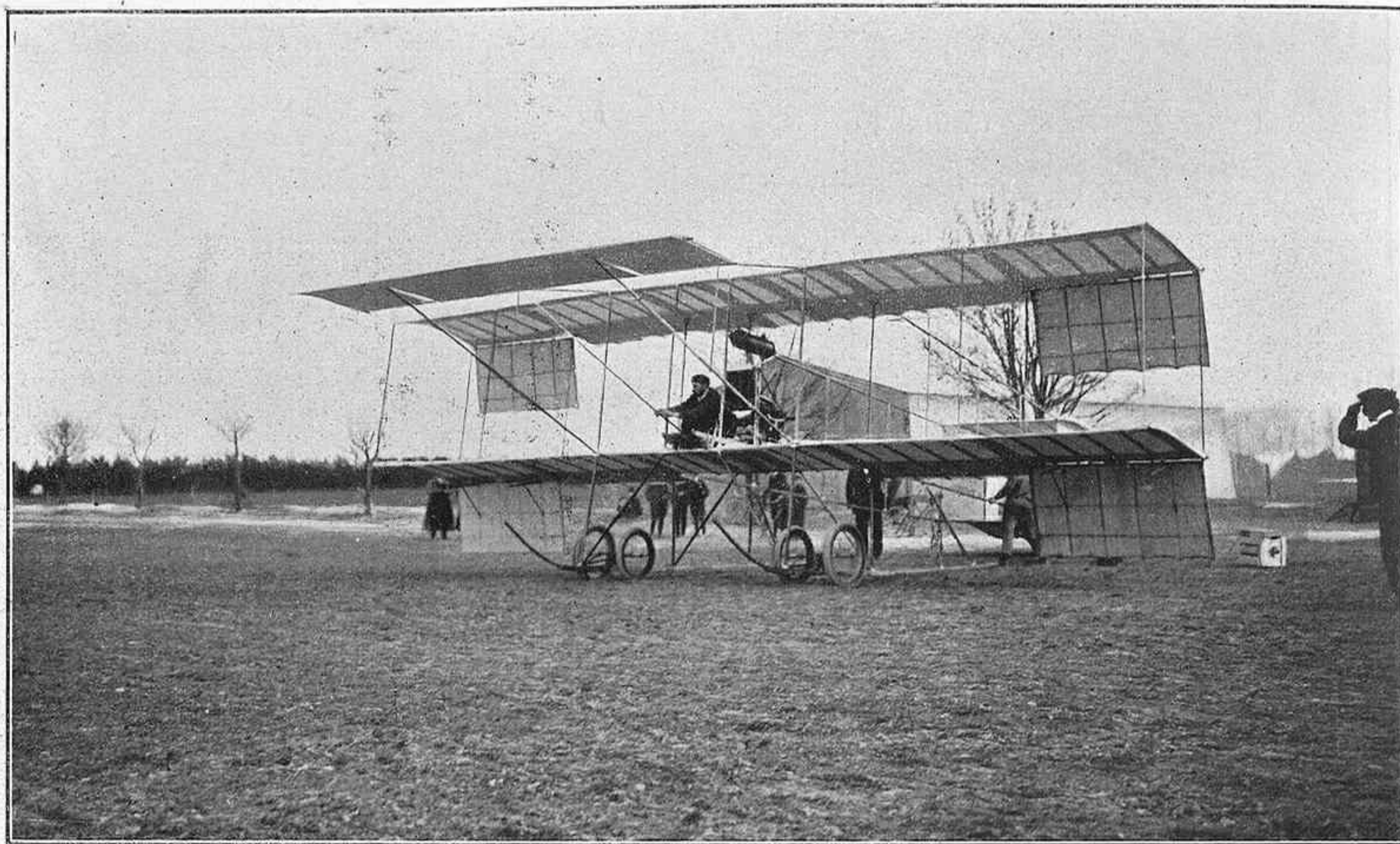
tico Jorge Chapman, *Observaciones de un republicano inglés sobre la cruzada moscovita*, *Estudio sobre Shakespeare* y *Estudios sobre la canción*.

no por ser pequeños en sí mismos dejan de producir ciertas molestias al público en general y aun á los mismos automovilistas.

Tenemos, en primer lugar, las nubes de polvo que tales vehículos levantan en su veloz carrera y que propagan en todas

rado en una novela de Tirso de Molina, original de los señores Répide y Dicenta.

Palau de la Música Catalana. — Bajo la dirección del maestro Millet ha dado un concierto la orquesta del Liceo, habiendo ejecutado con gran acierto la *Séptima Sinfonía*, de Beetho-



El nuevo biplano Enrique Farman número 3 en el campo de experiencias de Chalons, en donde ha realizado recientemente algunas pruebas con éxito satisfactorio

(De fotografía de M. Rol y C.ª)

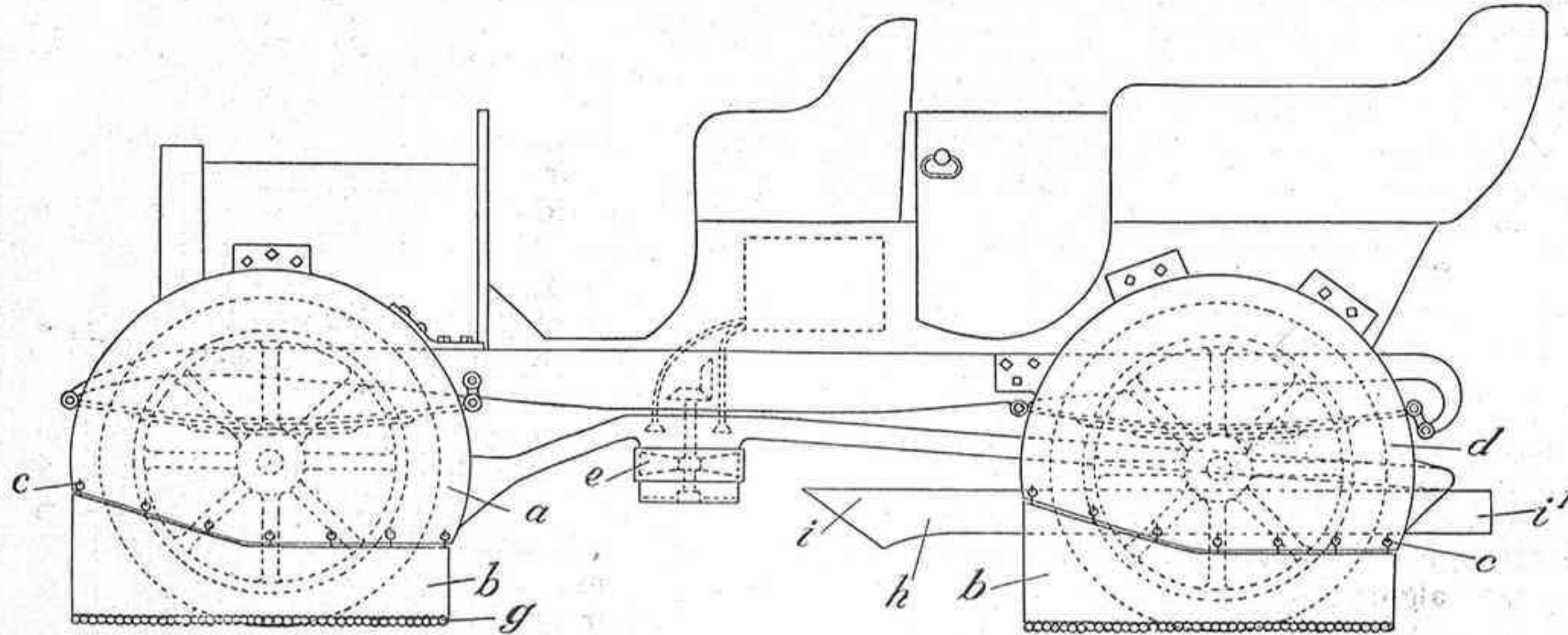
partes los gérmenes de enfermedades, constituyendo un grave peligro para la salud pública y un perjuicio para los motores de los automóviles, que con el polvo se desgastan considerablemente. En segundo lugar, en los días de lluvia, cuando las calles y las carreteras se llenan de barro, el paso de un automóvil por ellas es una sucesión continuada de salpicaduras que, aparte de lo que ensucian y dañan al vehículo y á los que van en él, molestan á los transeúntes que tienen la desgracia de circular por las vías por los automovilistas frecuentadas. Y finalmente, el olor nauseabundo de los gases de escape y el humo de los motores hacen á veces irrespirable el aire.

Todos estos inconvenientes, que las más rigurosas medidas de las autoridades son impotentes para evitar, pueden remediarse, según parece, con el aparato inventado por el señor Josenhans, de esta ciudad, quien ha obtenido la patente del mismo para todos los países.

No explicaremos minuciosamente el mecanismo de ese aparato, pues ello exigiría un espacio de que no podemos disponer; y como nuestro objeto, al reproducirlo en esta revista, es simplemente darlo á conocer á aquellos á quienes tal vez pueda interesar, diremos únicamente que el remedio de los expresados inconvenientes por el invento del Sr. Josenhans se logra mediante una combinación de guardabarros y tubos que conducen el polvo, el barro y el humo á una caja depósito, impidiendo que se propaguen al exterior.

El Sr. Josenhans se propone ir en breve á París para la explotación de su patente.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Els visionaris*, drama en tres actos de José Pous y Pagés, y *El comensar de las cosas*, comedia en cuatro actos de Morató; en el Principal *Els mentiders*, comedia en cuatro actos de E. Arturo Jones, traducida del inglés por A. P. Maristany y S. Vilaregut, y *L'Agricullor de Xicaga*, comedia en un acto y dos cuadros de Timmory, basada en



Aparato para suprimir las molestias del polvo, de las salpicaduras de barro y del humo de los automóviles, motocicletas y tranvías, inventado por el Sr. Josenhans, de Barcelona

EL APARATO «JOSENIANS»

Es indudable que los automóviles, al lado de grandes e indiscutibles ventajas, presentan algunos inconvenientes, que

una narración de Marc Twain y traducida del francés por los Sres. Folch y Kettmeyer; en Romca *Els abandonats*, melodrama en cinco actos de M. G. Marot, traducido por los señores Ayné y Fuentes; y en el teatro Nuevo *Los tres maridos burlados*, enredo en un prólogo y tres actos y en verso inspi-

ven; la obertura *La novia vendida*, de Smetana; un fragmento de *Los Troyanos*; la *Marcha húngara*, de Berlioz, y la obertura de *La flauta encantada*, de Mozart.

De los conciertos que en el propio «Palau» ha dado la Orquesta Sinfónica de Madrid nos ocupamos en otro lugar de este número.

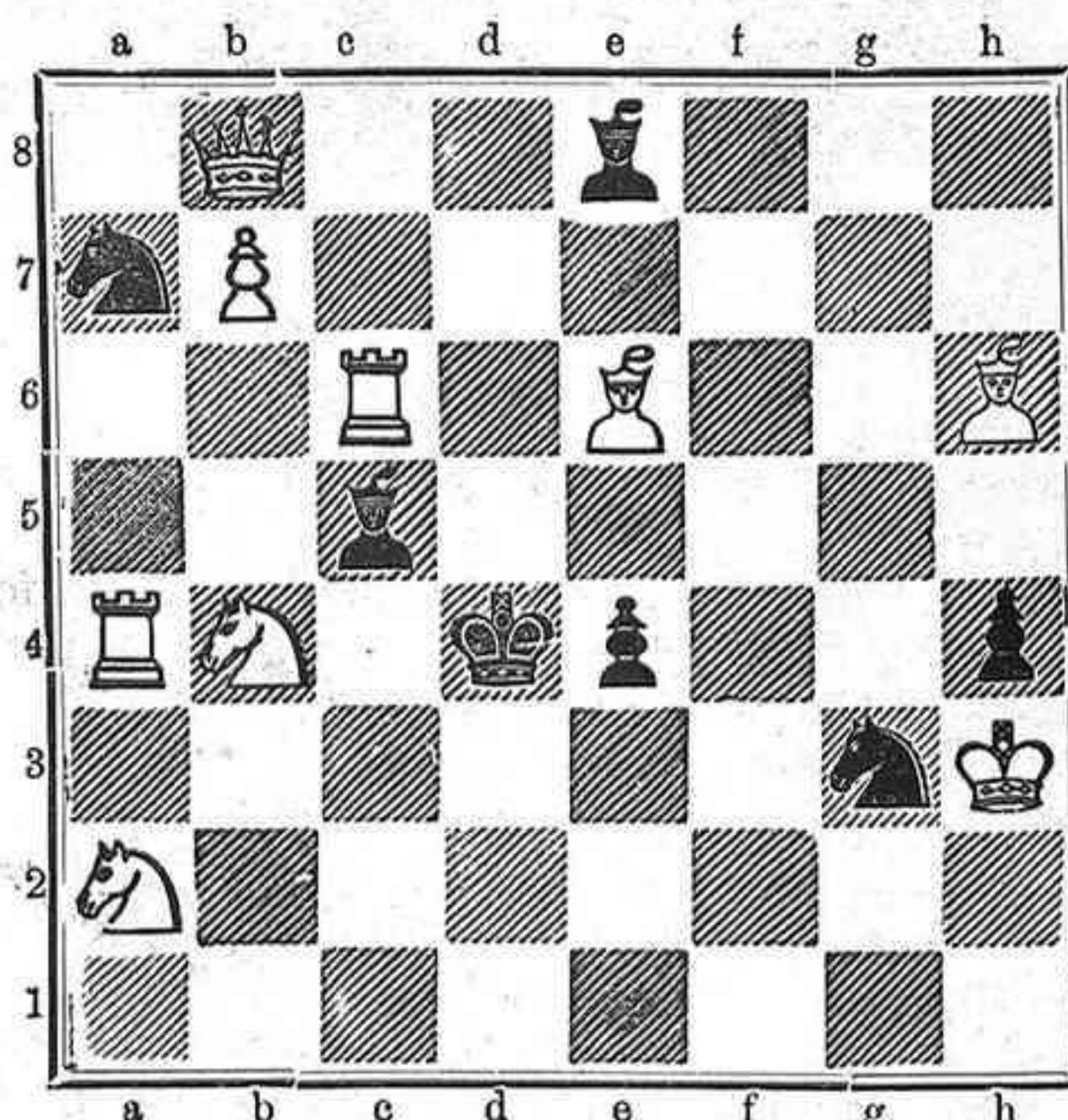
AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 518, POR V. MARÍN

Distinguido con el 5.º lugar

en el Concurso de «Manchester Weekly Times», 1904.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 517, POR V. MARÍN

- | | |
|--------------------|--------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Rf8-e8 | 1. Cc3-d5 b5 |
| 2. Dd7-c6 jaque | 2. Rc5xc6 |
| 3. Cc2-d4 b4 mate. | |

VARIANTES.

- | | |
|-------------------------|----------------------|
| 1.... Cc3-a2, e2, etc.; | 2. Cc2-b4 jaq., etc. |
| 1.... Cb7 juega; | 2. Dd7-d6 jaq., etc. |
| 1.... e6-e5; | 2. Dd7-c7 jaq., etc. |

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



La mujer atravesó el jardincito y llamó á la puerta de la casa...

La pobre se daba cuenta de que el momento crítico se acercaba.

¿Iba á encontrarse sola en trance tan tremendo?

A cada instante escuchaba si se oían pasos por el sendero que conducía á la casa.

La campiña estaba silenciosa.

¡Qué terrible ansiedad, qué dolorosa angustia la suya!

¡Si al menos, ya que su marido no estaba allí, tuviese ella la asistencia necesaria!

Hubiera querido tener la fuerza de salir en busca de auxilio. Aunque no conocía á nadie, hubiese bajado al Val, donde se hallaban las casas más próximas, y le hubieran procurado la asistencia facultativa necesaria.

Pero ¡ay! le faltaban fuerzas.

Y salir en tales condiciones era comprometer indudablemente su vida y la de su hijo.

Y no sólo carecía de asistencia, sino que se hallaba sin un céntimo.

Luciano había prometido traer dinero aquella noche, y Luciano no volvía.

La pobre mujer sollozaba, espantada de su soledad en semejante momento.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

En medio de sus sollozos y de los gritos que su tortura le arrancaba, la infeliz llamaba á su esposo, y volvía á escuchar si le oía venir.

En el exterior reinaba el silencio más absoluto.

—¡Dios mío, ten piedad de mí!., gimió la desdichada.

Y á los gemidos seguían gritos de dolor.

De pronto le pareció oír pasos por el sendero.

—¡Edmundo!., llamó Juana. ¡Edmundo!., ¡Socorro!., socorro!.,

XIII

¡LOCA!

Los gritos de la pobre Juana habían sido oídos por una mujer que pasaba á cierta distancia.

De pronto, asustada por aquellos acentos de desesperación, creyó que se estaba cometiendo un crimen, que alguna infeliz luchaba quizá contra su asesino.

La dirección se hallaba bien indicada por la voz que salía seguramente de aquella casita aislada, en la cual brillaba una luz amarillenta.

Su resolución tomada, la mujer se dirigió hacia aquel sitio.

Los pasos que Juana había oído eran los suyos.

La mujer atravesó el jardincito y llamó á la puerta de la casa, entrando en ella.

—Usted dispense, señora..., dijo llena de confusión al ver á Juana sola. Oí gritos..., me pareció que pedían socorro y por esto acudí...

Con gestos, incapaz de hablar, la infeliz procuraba retenerla.

Entonces la mujer se dió cuenta del estado de la joven madre.

—¡Cómo!., exclamó, ¿se halla usted sola..., en ese estado?.. ¿Cómo la han dejado así?..

—Mi marido está en París, contestó entonces la pobre Juana. No creíamos que este acontecimiento fuese tan próximo.

—No era prudente, sin embargo, que se quedase usted sola... ¿No tiene usted avisado á nadie para la asistencia?

—Mi marido tenía que ir hoy.

—Voy en seguida... No puede usted estarse de ese modo.

—Me hará un gran favor, que le agradeceré con toda el alma.

La mujer, que comprendió que se hallaba en presencia de una miseria espantosa, se fué diciendo:

—¡Pobre señora!.. ¡Dios mío!.. ¡Voy corriendo!..

Efectivamente, la compasiva mujer bajó á toda prisa al Val, de donde volvió tres cuartos de hora después con una comadrona, la señora Rollinet, que prodigó á Juana los cuidados que el caso requería, ayudada por la buena mujer.

A la señora Rollinet le extrañó no encontrar nin-

guno de los preparativos que la previsión más elemental aconseja en tales circunstancias.

Juana, confusa, sin atreverse á declarar su miseria, apenas podía contestar.

«Su marido — balbuceaba avergonzada — debía comprarlo y traerlo todo aquel mismo día.»

Dijo esto con tal confusión, que la comadrona creyó más bien que se trataba de una pobre muchacha seducida y abandonada.

La crisis suprema se produjo al fin, y conforme á sus deseos, Juana dió á luz una niña, que hubo que vestir, aparte de una camisita preparada por su madre y marcada con el nombre de *Jenny*, con pañales que la señora Rollinet envió á buscar á su casa.

La señora Bichet, la excelente mujer que había sido la primera en acudir en auxilio de la joven madre, se quedó á su lado el resto de la noche.

A la mañana siguiente, la Bichet tuvo que partir. Era lavandera en Val-Meudon y tenía que ir temprano á su trabajo, á fin de preparar los paquetes de ropa que había de entregar al día siguiente á sus parroquianos de París.

—Pero pierda usted cuidado, dijo ella; la señora Rollinet va á volver, y para mayor seguridad, al ir ahora á mi casa pasará por la suya.

Juana le dió las gracias con todo su corazón, y añadió al oír que proponía volver:

—No se moleste de nuevo. Mi marido habrá tenido que quedarse en París para algún asunto importante; pero va á volver de un momento á otro.

—En todo caso, vivo en el Val, calle de San Germán, dijo la lavandera. La Bichet, todo el mundo me conoce; tengo un lavadero... No tenga usted reparo; si no tiene usted á nadie que la asista, podré enviarla una de mis trabajadoras... En este mundo tenemos que ayudarnos unos á otros. No estamos en país de salvajes.

Momentos después de su partida, volvió la señora Rollinet.

Prodigó desde luego sus cuidados á la madre y después á la niña, que encontró dormida.

—¿Sin duda cuenta usted confiar esta criatura á una nodriza?, preguntó.

—¡Oh, no..., no, señora!., contestó Juana con una ardiente expresión de amor maternal.

—¿La criará usted?

—¡Sí!., ¡Sí!., sí!., ¡Quiero criarla yo misma!., contestó ella, respetando su secreto, la señora Rollinet no se atrevía á interrogarla acerca de su marido, en quien no creía del todo; pero tuvo que hacerle varias preguntas para la declaración, cuya responsabilidad le imponía la ley.

—He visto, dijo, que quiere usted que á su hija se le ponga por nombre Jenny. Pero necesito el nombre de usted para hacer la declaración.

Iba á añadir: «Necesito saber también el del padre.»

—Pero ¿no avivaría en ella un cruel dolor si se trataba de una pobre abandonada?

Si el padre reconocía á su hija, en cualquier momento podría completar su partida de nacimiento.

—Juana Laroche, contestó la infeliz.

Al oír este nombre, la señora Rollinet hizo un movimiento de sorpresa.

Miró á la joven madre con mayor atención, procurando reconocer su rostro.

«¿Laroche!., —se dijo ella.— ¿Será la hija del señor Laroche, el antiguo amigo de mi marido?..»

No había visto á Juana sino cuando ésta era muy joven todavía; no podía, pues, reconocerla.

Además, le parecía inadmisibles que la hija de un comerciante tan rico como el Sr. Laroche se encontrara en semejante miseria.

No insistió, y se fué á la alcaldía á hacer su declaración.

De modo que, por una curiosa coincidencia, la que acababa de cuidar á Juana Laroche era la madre de su marido, la señora de Favreuse, la cual, para substraerse á las reclamaciones de sus acreedores, había salido de París, y volviendo á ejercer su antigua profesión de comadrona, se había establecido en Val-Meudon bajo su apellido paterno, que era el que figuraba en el título librado por la Maternidad.

Juana sufría una tortura y una desolación indecibles al ver que su marido no volvía.

Hacía las suposiciones más crueles.

Se decía que quizá había sido víctima de algún accidente que le había costado la vida.

Creía por momentos que se había matado para substraerse á la miseria.

Pasó todo el día en la espera más dolorosa, en medio de una perplejidad desesperante.

Por la noche, siguió sin noticia alguna.

Seguramente á su esposo le había ocurrido alguna desgracia.

La infeliz se encontraba sola con su hija, pegada á sus pechos y á la cual bañaba con sus lágrimas y cubría de caricias.

Pasó una noche horrible, en aquella loca inquietud. Al día siguiente, sin noticias aún.

La señora Rollinet sólo volvió por la tarde, para continuar sus cuidados, y observó que todo había ido muy bien.

—Pero usted no va á estarse sola de este modo, le dijo.

Entonces Juana, no atreviéndose á confesar la verdad y temiendo abusar de aquella mujer, dijo una ligera mentira.

—Espero á alguien á quien hice avisar, contestó ella, y estará conmigo.

Esto tranquilizó á la comadrona, la cual anunció que no volvería, á no ser que la llamasen otra vez.

De nuevo Juana se quedó sola y se perdió en los más sombríos pensamientos, mientras sus lágrimas chorreaban al lado de la niña dormida á su lado.

Habíase designado un juez de instrucción para la causa relativa al robo de la cartera del cobrador.

Este juez era el Sr. Albanet, que creyó desde luego en la culpabilidad del falso Edmundo de Favreuse y procuró demostrarla.

Después de una confrontación durante la cual el pequeño Landry afirmó con nueva energía que no se equivocaba al reconocer al ladrón de su padre, al magistrado se le ocurrió mandar comparecer al empleado de la ventanilla con quien el infeliz cobrador estaba ocupado en el momento del robo.

Vacilando un momento al encontrarse en presencia del acusado, el empleado se acordó y le reconoció igualmente.

Recordó que el Sr. de Favreuse le había pedido una indicación y refirió el incidente del billete de Banco notado por él á los pies del cobrador, á quien llamó la atención sobre el mismo billete.

Entonces todo se explicaba.

El Sr. Albanet vió en ello la premeditación del robo y el procedimiento ingenioso empleado por el hábil ladrón á fin de que Landry abandonase su cartera para recoger el billete de cincuenta francos que creía haber perdido.

Luciano negó con obstinación y protestó enérgicamente contra lo que él llamaba una «fábula.»

Hasta sostenía no haber puesto los pies aquel día ni desde hacía meses en el Crédito Lyónés.

Su presencia, sin embargo, fácilmente explicable por la preocupación de su cuenta corriente que se hallaba en descubierto, fué demostrada también por la declaración de otros dos empleados que le reconocieron formalmente: el que, en el *hall*, le indicó el gabinete del administrador delegado, y el portero, que le dijo que aquella no era hora de audiencias.

Desde aquel momento, las denegaciones del acusado no tuvieron ningún valor para el juez.

Continuó su instrucción sumaria, y procurando adivinar, por decirlo así, lo que el ladrón había hecho una vez en posesión de la preciosa cartera, se fué con él á la calle de Boileau á fin de practicar un reconocimiento.

Sabía que Favreuse había almorzado en su casa.

Este aún debía tener, pues, en su poder la cartera robada cuando envió cuatro mil francos al Crédito Lyónés, cuando la víspera no poseía ya nada.

El piso, todavía desalquilado, estaba vacío, después de la venta del mobiliario.

El juez interrogó al acusado acerca de lo que había hecho, pero Luciano le contestó:

—¿De qué me serviría el contestarle si usted persiste en creerme culpable y no cree en lo que le digo?

Fué imposible hacerle decir lo que había hecho, ni qué era de su joven esposa, pues acerca de esto, sobre todo, se encerró en un silencio impenetrable.

No quería que Juana tuviese noticia de su prisión; esperaba salir del paso y se las arreglaría para explicarle su ausencia.

Entonces, en el momento en que el juez, que visitaba todo el piso, llegó cerca del retrete, el miserable se estremeció y palideció al mismo tiempo.

El juez lo notó.

Tuvo una inspiración, y aquella misma tarde hizo vaciar la letrina de la casa, en la cual se encontró la cartera, que aún contenía efectos de comercio.

Los banqueros del Mercado de vinos los reconocieron formalmente.

De esta manera se probó el robo y el marido de Juana se vió obligado á confesar.

En seguida dióse por instruída la sumaria, y como la causa era de la incumbencia del tribunal correccional, no tardó en verse ante el mismo.

El día 20 de febrero, el miserable compareció bajo el nombre de su hermano,

Su defensa había sido confiada á un abogado de oficio, un principiante llamado Romel.

La sentencia declaró á «Edmundo de Favreuse» culpable de robo, y en razón de circunstancias especiales, le condenó á tres años de prisión y cinco de vigilancia.

Esta causa fué un verdadero triunfo para el pequeño Landry, á quien el presidente del tribunal felicitó altamente por su inteligencia y su energía.

A él se debían no sólo el arresto y el castigo del culpable que tan hábilmente había logrado substraerse á la justicia, sino también, en cierto modo, la rehabilitación de la memoria de su padre, de quien se hubiera podido sospechar en ausencia de toda prueba.

Inmediatamente después de la prisión del ladrón, los banqueros del Mercado de vinos habían enviado una pequeña cantidad á la viuda del cobrador. Los Sres. Lavisart y Fleuret colocaron además un capital de cinco mil francos á nombre del pequeño Víctor.

El Sr. Laroche no había sido citado y no compareció en el proceso.

Sólo había sido interrogado por el juez de instrucción sobre los informes de moralidad que pudiese dar acerca de su yerno y de los antecedentes que respecto al mismo pudiese comunicar.

El descubrimiento de aquel robo había sido un golpe doloroso para el padre de Juana, que vió en él la confirmación de sus presentimientos.

—Ya sabía yo que sólo podía esperarse alguna desgracia de parte del hijo de esa mujer, decía á sus banqueros, sin haber perdonado jamás la estafa de la señora de Favreuse.

Pero cuando el Sr. Lavisart le habló de Juana, cuando le preguntó:

—¿Cómo es que no se sabe el paradero de su hija de usted?.. El juez de instrucción hubiera debido hacer confesar á ese miserable dónde la dejó... ¿Oyó usted lo que confesó? No queda ya nada de la fortuna de su mujer; debe ser muy desgraciada y usted hubiera podido socorrerla...

—¡Yo!, exclamó el padre de Juana, cuyo resentimiento era implacable. ¡Ah, eso nunca!.. Quiso prescindir de mí, se sublevó contra mi voluntad; que se arregle...

—Vamos, Sr. Laroche, insistió el banquero, no puede usted ser despiadado con su hija...

—Tenía una hija, contestó el negociante violentándose para imponer silencio á su corazón; pero no la tengo desde el día en que ella misma rompió el lazo que nos unía.

—Era joven, sin experiencia...

—Yo tenía edad y experiencia por ella... ¿No le dije que casándose con el hijo de semejante mujer no podía menos de prepararse un porvenir de desdicha y quizá de oprobio?.. ¡Ah! Desgraciadamente he sido buen profeta.

—Sin embargo, usted le tuvo mucho cariño...

—¡Oh, sí!, declaró el Sr. Laroche; no creo que ningún padre pueda querer más á su hija.

—¿Entonces?..

—¡Hoy se acabó!

—Es imposible, dijo el Sr. Lavisart. Aunque no sea más que por piedad, sabiendo lo desgraciada que es...

—¡Nada!

—¿Pero usted no podría verla sufrir?

El padre de Juana no contestó.

—Si acudiese á usted, añadió el banquero, ¿no la rechazaría?

—Yo no sé lo que haría, contestó el Sr. Laroche. ¡Pero usted ve que no viene!

Casi se arrepintió del buen movimiento que acababa de tener, porque añadió en seguida:

—Pero no... Lo que sucede le está bien merecido. Es el castigo que debieran tener todos los hijos que se sublevaron contra su padre, todos los que no quieren escuchar á sus padres y se casan contra su voluntad.

El banquero trató en vano de decidirle á hacer algunas averiguaciones á fin de saber qué había sido de la desgraciada Juana; el Sr. Laroche nada quiso oír.

Desde aquel momento, hasta evitó el encuentro de los que pudiesen hablarle de su hija.

Se encerró en su casa, sin salir casi nunca, renunciando á los amigos que veía antes en el café, descurriendo sus negocios, cuya entera dirección dejaba á Bernard, en quien tenía depositada toda su confianza, y provisto de poderes, ni siquiera necesitaba su firma.

El comercio, que durante tanto tiempo le había apasionado y al cual debía su colosal fortuna, ya no le interesaba.

Ya no se le veía ni en el Mercado de vinos ni en Bercy.

El Sr. Laroche pensaba retirarse á la primera ocasión.

El último inventario que había hecho le había demostrado que poseía más de ocho millones. ¿A qué seguir trabajando?.. Se encontraba solo, sin familia, sin hija...

A pesar de todo, se le oprimía el corazón á esta idea dolorosa.

¡Qué desolada existencia iba á ser la suya!

Sobre todo, ¡qué vejez!..

El día de la comparecencia del marido de Juana ante el tribunal correccional, el Sr. Laroche se procuró los primeros periódicos que hablaron del asunto, impulsado á pesar suyo por la necesidad de saber si se hablaba de *ella*.

No encontró nada.

El juez de instrucción no había podido decidir al miserable á confesar el paradero de su mujer.

No se habló de ella en la audiencia.

Al padre de Juana se le oprimió dolorosamente el corazón.

Luego procuró dominar su emoción y vencerse á sí mismo diciendo:

«¡Es como si la infeliz hubiese muerto!.. El miserable—añadió furioso—quizá la ha hecho morir de miseria y de vergüenza...»

Aquel día, caía sobre París y sus alrededores una llovizna glacial, obscureciendo la atmósfera al extremo de que, casi en todas partes, á partir de las tres de la tarde, había habido necesidad de encender las luces en las casas, oficinas y talleres.

Hacia un frío que penetraba las ropas de abrigo más gruesas.

En las alturas de Meudon sobre todo, la temperatura era aún más rigurosa, pues soplaba un aire glacial.

La pobre Juana, en su casita aislada, seguía sola con su hija.

La señora Rollinet, como no la habían llamado nuevamente, no había vuelto.

La señora Bichet tampoco había reaparecido, prometiéndose cada día ir á ver á la joven madre que tanta compasión le había inspirado, pero aplazando sin cesar su visita para el día siguiente, ora causa de su trabajo apremiante, ora á causa del frío y de la lluvia que hacía impracticable el camino de la cuesta.

Durante la noche, una ráfaga de viento abrió la puerta de la casita, sin duda mal cerrada, y un cierzo glacial penetró en el cuarto en que dormía la pequeña Jenny.

Juana, acostada al lado de su hija, no dormía: una fiebre violenta se había apoderado de ella y la abrasaba.

La infeliz, había ya llorado todas las lágrimas de su cuerpo.

Había continuado sufriendo un martirio horrible en aquel abandono, cuya causa le era imposible comprender.

Si le hubiera sido posible, se hubiese levantado y hubiese corrido por todas partes en busca de su marido, para averiguar lo que había sido de él.

Ahora se hallaba casi incapaz de pensar.

La fiebre le daba espantosas pesadillas, en las cuales veía á su «Edmundo» víctima de las desgracias más horribles, envuelto en las más espantosas catástrofes.

Le parecía verle muerto, cubierto de sangre.

Cuando la puerta de la casa se abrió, dejando penetrar el viento helado que llegó hasta ella, su inconsciencia era tal que ni siquiera tuvo la idea de levantarse para ir á cerrarla.

Instintivamente, se acurrucó en la cama para preservarse del frío, estrechando contra sí á su hija, que despertó y buscó en el seno materno la fuente de vida que ya se agotaba.

La infortunada sentía, en la fiebre que la devoraba, escapársele el pensamiento y hacerse en su cerebro un inmenso vacío.

Poco á poco se volvía absolutamente inconsciente, perdiendo hasta el recuerdo de la criatura que por momentos la llamaba con sus vagidos.

Tenía el espíritu perdido, extraviado en el trastorno de aquella fiebre puerperal que, minando el cuerpo, atacaba además á la razón.

Una cosa permanecía clara y precisa en ella: la conciencia de su aislamiento, de su abandono.

—¡Sola!.. ¡sola!.., gemía Juana.

Y lloraba sin sollozos, sin sacudidas, sin convulsiones, derramando ese dolor melancólico de las demencias que se afligen por infortunios imaginarios.

Lentamente la invadió ese entorpecimiento de la fiebre que abate á su víctima, imponiéndole un reposo que para ella no es nada reparador.

¿Cuánto tiempo durmió así?

Cuando la infeliz despertó, la noche se extendía sobre toda la campiña.

El frío era aún más vivo ahora que la lluvia había cesado y soplaba un cierzo que, penetrando por la puerta entreabierta, transformaba la casa en una nevera.

En torno de la infeliz, ni luz ni fuego.

Pero los ojos de Juana se habían acostumbrado á la obscuridad, y distinguía, aunque sin reconocerlos, los objetos que le rodeaban.

Sus ojos extraviados, agrandados por la espantosa expresión de la locura, paseaban sus miradas curiosas y asustadas.

Parecía buscar algo.

Registraba por todas partes, en el cuarto y hasta fuera á través de los cristales de la ventana.

La niña dormía profundamente.

Sin cuidarse de ella, Juana se levantó.

Apenas hubo puesto los pies en el suelo, tuvo que apoyarse, porque le flaquearon las piernas, como incapaces de sostenerla.

La infeliz permaneció así largo rato, medio sentada al borde de la cama, en camisa, el busto abrigado con una blusa para preservarse del frío.

Continuaba buscando en torno de ella.

Por momentos, de sus labios pálidos y ardientes se escapaban débiles sonidos, apenas articulados.

—¿Dónde estás?.. ¡Partió! ¡Ah! ¡Vuelve!.. ¿Dónde estás?.. ¿Dónde estás?..

Y seguía buscando.

Se pasaba á intervalos la mano por la frente, con un gesto bruscamente empezado y acabado lentamente, como para apartar el calor que la abrasaba y el dolor que sufría, como para llamar al pensamiento que había huído.

La pobre Juana estaba loca.

A la fiebre puerperal, esa fiebre espantosa que causa tantas víctimas entre las jóvenes madres, seguía aquella locura, más horrible que todas las demás, porque se apodera de seres débiles y extenuados por la crisis terrible que acaban de pasar.

Estaba loca, y el recuerdo, escapado de su espíritu, huía cada vez más.

En aquel momento, la desdichada había perdido la memoria de todo.

Hasta había olvidado á su hija, que dormía en su cama.

Después de un esfuerzo para sostenerse, Juana recobró algunas fuerzas. Se mantuvo en pie.

Con paso vacilante se dirigió hacia la ventana y miró hacia fuera, escudriñando en lontananza, inmóvil, como en éxtasis, y miraba sin ver, pues no notaba siquiera que, bajo el ardiente soplo de su aliento febril, un vaho espeso se extendía sobre el cristal anublando la vista.

La campiña era por momentos sombría y por momentos aparecía bañada por la luz de la luna en su cuarto creciente, que espesas nubes velaban á intervalos en su carrera.

Juana buscaba escuchando, tratando siempre de oír á lo lejos los pasos de su marido que no podía volver.

El frío, en aquella inmovilidad, se apoderó de ella, y entonces se vistió maquinalmente.

Hasta se cubrió con una gran capa de paño que se había hecho para salir en invierno en los días de lluvia y de frío.

Luego volvió á la ventana, esperando aún, mirando siempre hacia el exterior.

En el antepecho de la ventana, notó una botella que contenía un poco de agua; la cogió con avidez y la llevó á sus labios para calmar la sed que la devoraba.

Esto le dió algunas fuerzas.

Estonces anduvo por el cuarto, paseando en torno de ella sus miradas escudriñadoras, buscando por todas partes, registrando los rincones más sombríos, y por la puerta abierta vió la pieza inmediata, el comedor, que servía al mismo tiempo de entrada.

Hacía en él un frío espantoso, pues era la puerta de este comedor la que el viento había abierto durante la noche.

También allí buscó, vagamente, como si hubiese podido descubrir en aquella estancia al que esperaba en vano.

Anduvo inconscientemente y se detuvo en el umbral de la puerta abierta.

En aquel momento, un toque lejano turbó el silencio de la noche; un reloj daba las nueve.

Juana escuchó, con el rostro transfigurado por una expresión de sorpresa.

Luego se oyó un fragor sordo, como el ruido lejano del trueno, que aumentó al acercarse, cortado por un silbido estridente. Era un tren que llegaba, saliendo de la zanja, en el fondo de la cual rueda á partir de Clamart hasta el viaducto de Meudon.

¿Qué pasó entonces en el extraviado espíritu de la pobre loca?

¿Tuvo conciencia de lo que ocurría?

¿Comprendió que el fragor y el silbido que acababa de oír anunciaban la llegada de un tren, y esto, á pesar del extravío de su razón, le recordaba que era en ese ferrocarril donde llegaba su marido?

Su rostro se animó de pronto y sus ojos brillaron con una viveza extraña.

Pasó el umbral de la puerta y se cubrió la cabeza con la capucha para substraerse al frío.

Luego marchó lentamente, explorando siempre en torno de ella.

Atravesó el jardincito y siguió maquinalmente por el sendero que conducía al camino principal.

En el ángulo de este camino le faltaron las fuerzas y se dejó caer en el borde.

El frío se apoderó de ella en la inmovilidad, y automáticamente se levantó y prosiguió su marcha.

Seguía por la carretera, buscando siempre, mirando si veía por fin á su marido.

Con la reacción, recobró fuerzas.

Continuaba la ruta hacia el bajo Meudon, inconsciente, sin saber adónde iba, buscando siempre y repitiendo á intervalos:

—¡Edmundo!.. ¡Edmundo!.. ¡Edmundo!..

La pobre loca, bajando las rápidas pendientes, llegó al Sena.

El agua sombría, que se deslizaba silenciosamente, la atraía y fascinaba.

Se inclinó sobre el ribazo, volviendo á llamar:

—¡Edmundo!..

De pronto, retrocedió espantada.

Y continuó su marcha.

A lo lejos, el horizonte aparecía iluminado por un resplandor que enrojecía el cielo.

Era París, con sus millones de luces.

Juana lo veía sin reconocerlo, y aquella claridad la atraía.

Entonces apresuró el paso, sintiéndose más fuerte, como si de golpe la obra de la maternidad acabase de repararse entera.

Marchaba sin detenerse, con la mirada sin expresión, fija en lontananza, en dirección de aquel resplandor donde le parecía ver al miserable que la había abandonado.

Llegó pronto á Moulineaux y encontró un puente sobre el cual pasó, á lo largo de la barandilla, sujetando los pliegues de su capa, que el viento agitaba. En la margen opuesta continuó su marcha, siempre hacia el inmenso resplandor de París, á través del cual se dibujaban ahora las dos series de arcadas del gran viaducto de Auteuil.

Seguía la carretera que se desarrolla sobre el ribazo del río.

—¡Edmundo!.., volvía á repetir. ¡Edmundo!.. ¡Edmundo!..

Por fin llegó á las fortificaciones, á la puerta de Billancourt.

Un guardia de consumos, encapuchado en su enorme capote gris, la vió y la detuvo.

Juana se estremeció al oír aquella voz y retrocedió instintivamente al momento en que el consumero quería cogerla por el brazo.

—¿Adónde va usted?, le preguntó sorprendido de la expresión de aquel rostro que un farol de gas alumbraba.

Al mismo tiempo quedó maravillado de la hermosura de aquella mujer.

No era á buen seguro ninguna vagabunda, como desde luego había creído él, ni tampoco ninguna de esas perdidas que rondan por la noche en las inmediaciones de París.

La infeliz no contestó y hubiera seguido retrocediendo si el guardia no la hubiese detenido.

—¿De dónde es usted?, preguntó el hombre.

En aquel momento se presentó otro consumero en la puerta del fiato.

—¡Eh, Touret! Ven acá, llamó el primero.

—¿Qué hay?.. ¿Matute?..

—No; mira esta mujer... Diríase que es muda.

—¡Edmundo!.., balbuceó Juana con voz débil.

—¿Edmundo?, dijo Touret. ¿Qué significa?..

El otro preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

Juana les miraba alternativamente con una idiota expresión de estupor y espanto.

—¡Edmundo!.., repetía.

—Hazla entrar en el fiato, Martín, dijo el segundo guardia. Vamos á ver.

—Diríase que está loca.

—En efecto.

—Venga usted, señora... Venga y se calentará...

Los dos guardias la empujaron suavemente.

Juana se dejó conducir sin resistencia.

(Se continuará.)

BARCELONA.—LA ORQUESTA SINFÓNICA DE MADRID EN EL «PALAU DE LA MÚSICA CATALANA»

Después de una brillantísima campaña en el Teatro Real de Madrid, en donde ha contado por triunfos el número de conciertos celebrados, ha visitado nuestra capital la Orquesta Sinfónica madrileña, dando cuatro sesiones musicales en el «Palau de la Música Catalana.»

La historia de esa Sociedad es tan larga como brillante; aunque con otro nombre, esa agrupación artística es la sucesora de aquella corporación que con la denominación de Sociedad de Conciertos se fundó hace cerca de medio siglo y tuvo por directores á Barbieri, Monasterio, Vázquez, Bretón y Mancinelli.

La Orquesta Sinfónica se ha visto dirigida sucesivamente por los primeros maestros de Europa, entre ellos Levi, Mottl, Steinbach, Weingartner y Strauss. Pero convencida de que el mejor modo de alcanzar el grado de perfección que hoy exigen los públicos es someterse á una dirección fija y estable y á un criterio constante, nombró, hace algunos años, director al eminente maestro Fernández Arbós que, después de haber cosechado gloriosos laureles en las más importantes capitales de Europa como violinista eminente, ha obtenido ruidosos triunfos empuñando la batuta.

El resultado de la dirección de Fernández Arbós no ha podido ser más satisfactorio para la Orquesta Sinfónica madrileña. Artista dotado de gran ilustración musical, conocedor profundo de todos los secretos de la instrumentación, con un gusto depuradísimo para la elección de las obras y un sentido artístico de consumado maestro, aúnanse en él todas las condiciones para ser un director notable entre los más notables. Pero estas dotes de poco le habrían servido si no hubiese hallado elementos que respondiesen debidamente á su inteligente dirección; y justo es reconocer que estos elementos se los ha ofrecido

en absoluto la Orquesta Sinfónica. Constituida por

hecho todas las orquestas del mundo que han querido ponerse á gran altura, someterse á una severa dis-

la compenetración íntima de todos y cada uno de sus componentes.

Así resultan una interpretación y una ejecución exquisitas, casi siempre insuperables, dignas de parangonarse con las que se admiran en las entidades de más nombradía mundial. Así resultan también unos programas selectísimos, en los que está hábil é inteligentemente combinados todos los géneros, todas las escuelas, todos los autores que marcan una época ó una fase interesante en la historia de la música.

Basta citar los nombres de algunos de los compositores que han figurado en los programas de los conciertos dados estos últimos días en el «Palau de la Música Catalana» para convencerse de la verdad de lo que decimos: Beethoven, Brahms, Bach, Schubert, Berlioz, Wágner, Debussy, Dukas, Dvorack, Tchaikowski, es decir, las figuras capitales del arte musical de todos los tiempos, representadas por las obras más salientes que han producido.

Y cada una de esas obras ha sido interpretada con el estilo propio, adecuado, sin alardes de personalismo por parte del director, sin una vacilación, sin una debilidad, sin un exceso por parte de la orquesta. Fernández Arbós se ha identificado con cada uno de los compositores, ha profundizado sus creaciones, ha desentrañado los pensamientos que éstas encerraban y las bellezas que contenían; y los profesores de la Sinfónica se han identificado, á su vez, con su director, y penetrados de sus enseñanzas y sometidos á su batuta, han puesto de relieve todas aquellas bellezas con un estilo, con una unidad, con una mutua compenetración maravillosas.

El público barcelonés ha premiado, en cada concierto, con una serie de ovaciones unánimes, entusiastas, calurosas y en muchos momentos delirantes, la primorosísima, la inmejorable labor de Fernández Arbós y de la Orquesta Sinfónica, cuya visita contará entre los mayores acontecimientos que registran los anales músicos de nuestra capital.—T.



El maestro Enrique Fernández Arbós, eminente violinista y director de la Orquesta Sinfónica de Madrid



La Orquesta Sinfónica de Madrid ensayando en el «Palau de la Música Catalana» bajo la dirección del maestro D. Enrique Fernández Arbós. (De fotografías de A. Merletti.)

LIBROS ENVIADOS

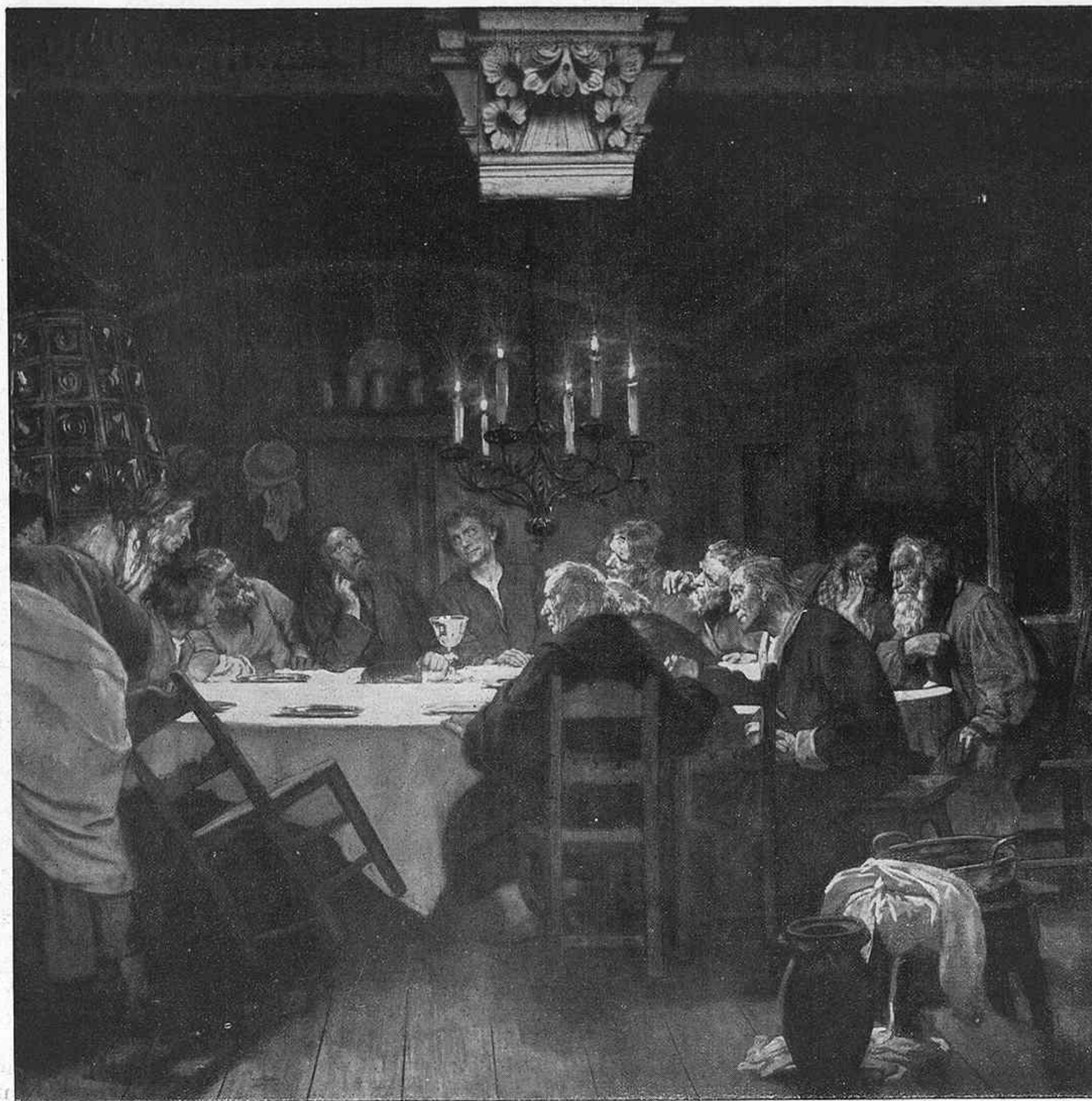
A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA GLORIA DE DON RAMIRO, por Enrique Larreta. — Lleva este libro como subtítulo el de «Una vida en tiempo de Felipe II,» y es una interesantísima novela histórica en la que el profundo conocimiento de las costumbres y del modo de ser de las gentes de aquella época hállase avalorado por un lenguaje castizo y elegante, cuyas bellezas hacen resaltar la amenidad y el interés de la acción. Un tomo de 446 páginas, editado en Madrid por Victoriano Suárez.

LA NOVELA DE UN PROHOMBRE, por Angel Salcedo Ruiz (Máximo). — Novela de costumbres polífticas, escrita con gran humorismo y sentido satírico, y que es una obra de gran observación y de desenfadada crítica. Forma parte de la «Biblioteca Patria,» lo que constituye su mejor elogio, porque sabidas son las nobles ideas en que esta publicación se inspira. Precio, dos pesetas.

BARCELONA, CATALUÑA, BALEARES. — La Sociedad de Atracción de Forasteros constituida en esta ciudad y que realiza una labor admirable en favor de nuestro país, ha publicado un bonito álbum que contiene numerosas vistas de lo más notable que hay en Cataluña y en las Baleares, y una sucinta explicación de las mismas en francés. La tirada del álbum, que se hizo dedicada á los representantes de Tolosa que recientemente estuvieron en esta capital, lleva unas tapas especiales en colores y oro con los escudos de Barcelona y de Tolosa. El álbum ha sido editado por la empresa Mercurio.



La Sagrada Cena, pintura mural de la iglesia de la Paz, de Dusseldorf, obra de Eduardo de Gebhardt

CÓMO DEBEN ESCRIBIRSE LAS CARTAS, por R. Monner Sans. — Nuestro distinguido colaborador ha prestado con este libro un gran servicio á las letras castellanas, no sólo por tra-

de la música de los esclavos africanos. Un tomo de 120 páginas con muchos grabados é ilustraciones musicales, publicado en Rosario de Santa Fe.

tar en él de un asunto del que se ha escrito muy poco, sino también por el modo como lo trata. Su obra es un estudio concienzudo del género epistolar y un verdadero tratado de preceptiva en esta materia; es además una nueva prueba de su erudición y de sus vastos conocimientos filológicos. Un tomo de 82 páginas, editado por Cabaut y C.ª en Buenos Aires.

DEMANDA INTENTADA POR EL GOBIERNO DE HONDURAS CONTEA EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA DE EL SALVADOR y contestación definitiva dada por éste ante la Corte de Justicia Centroamericana, con motivo de la supuesta ayuda del gobierno demandado en la revolución que estalló en Honduras durante el mes de julio último. San Salvador, Septiembre de 1908. Un tomo de 158 páginas, impreso en San Salvador en la imprenta Meléndez. COMUNICACIONES CRUZADAS ENTRE LA CORTE SUPREMA DE JUSTICIA CENTROAMERICANA Y EL GOBIERNO DE EL SALVADOR con motivo del reciente conflicto hondureño. Un tomo de 104 páginas, que contiene varios documentos oficiales sobre el mismo asunto, impreso en la imprenta «La República.»

ORÍGENES DE LA MÚSICA ARGENTINA, por Juan Alvarez. — Notable estudio en el que, después de unas atinadas y muy oportunas consideraciones generales, se estudian, en sendos capítulos y con profusión de pertinentes datos, temas tan interesantes como la influencia de la música de los conquistados, la influencia de la música de los conquistadores y la influencia

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.
Todas Farmacias.

Paris.
Data de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS
B^{is} St. Denis, 16

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el
El mas activo y economico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD
a l'IODURO de HIERRO
INALTERABLE
DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES
DEPÓSITO: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
CON LA HISTORIA DE SU CULTO
EN ESPAÑA
Dos tomos en folio, ricamente encuadernados,
100 pesetas

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS
Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa Bescherelle, Littré, Salvá y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.
Montaner y Simón, editores. — Aragon, 309 y 311. Barcelona



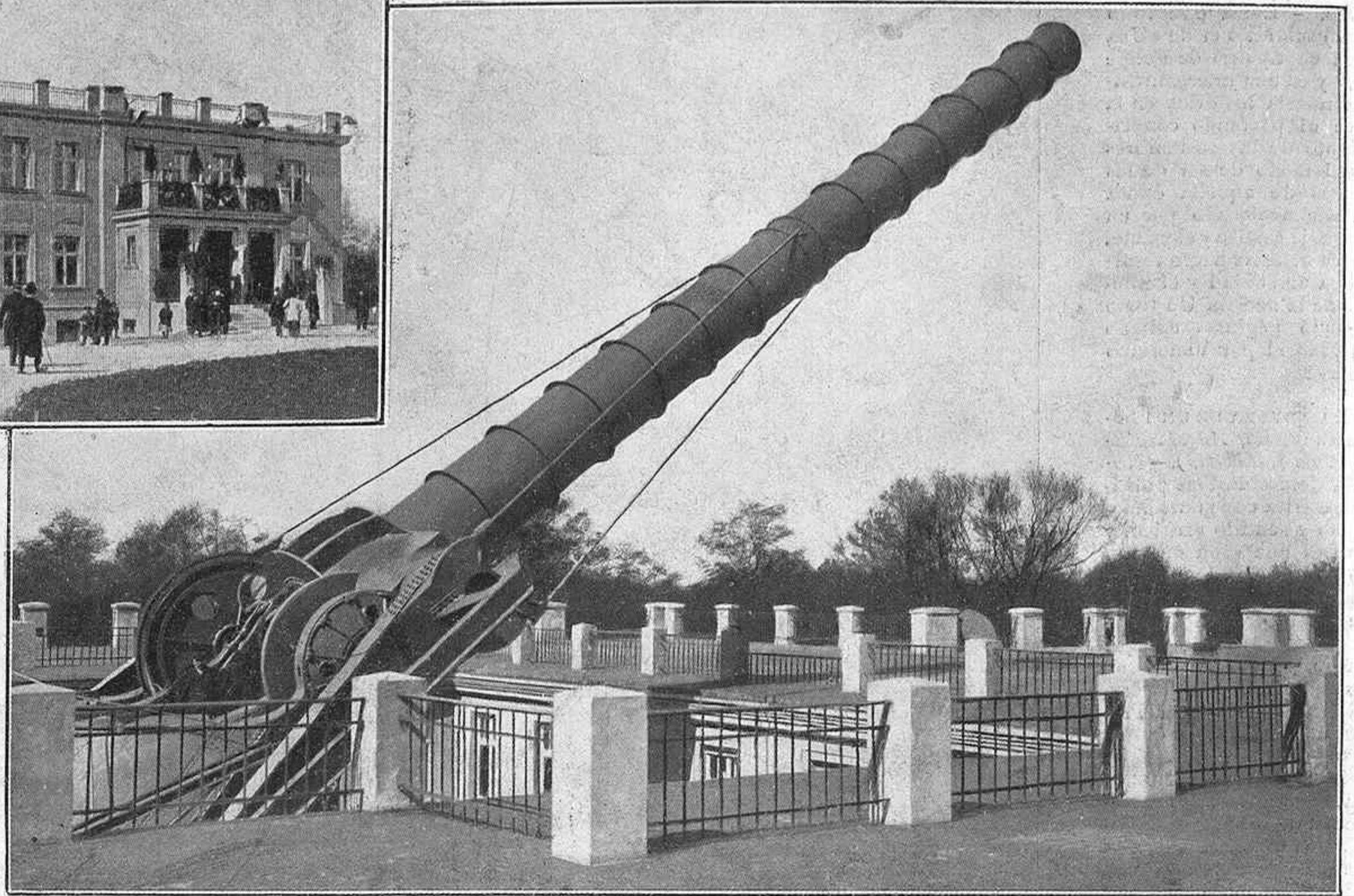
Vista del nuevo Observatorio

Hace pocos días, en presencia de los más ilustres sabios de Alemania y del mundo entero, inauguróse el nuevo observatorio construido en Treptow, población situada cerca de Berlín, en substitución del antiguo que, desde hacía algunos años, no reunía las condiciones que los modernos adelantos exigen en esta clase de establecimientos.

El nuevo edificio está situado en el parque de Treptow y contiene, entre otras instalaciones, un anfiteatro de conferencias capaz para 580 personas, una biblioteca con 10.000 volúmenes, un salón de lectura y un telescopio de 21 metros de longitud, que es el más largo del mundo. La plataforma del techo tiene 1.200 metros cuadrados.

El día de la inauguración pronunciaron discursos el sabio astrónomo alemán Dr. Archenthal, director del Observatorio; el consejero Dr. Schmidt, quien, en nombre del gobierno, prometió el apoyo del emperador; el alcalde de Berlín, asociándose á la obra del observatorio, en nombre de la capital, y los astrónomos Dr. Bontrón, francés, y Borchgrevink, noruego.

EL NUEVO OBSERVATORIO DE TREPTOW, en las inmediaciones de Berlín, recientemente inaugurado



El telescopio gigantesco del nuevo Observatorio, el mayor del mundo

(De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

Después de la ceremonia inaugural, los concurrentes visitaron las dependencias del Observatorio, admirando sus magníficas instalaciones, que lo colocan á la altura de los mejores del mundo.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
 El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, París, que envía gratis su curioso librito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
 Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición
 Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants"
 FUMOUZE — PARIS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Par. los brazos, empléese el **PILLOLE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN